

## Capítulo 1 – La Aldea que Nunca Dormía

La Aldea Claus estaba siempre despierta.

No porque lo necesitara, sino porque el silencio era mal visto.

Las luces de los faroles de caramelo nunca se apagaban, la nieve nunca se derretía y las voces de los duendes formaban un murmullo constante, pegajoso, que se pegaba al oído como una canción que nunca termina. Reían. Siempre reían. Aunque los dedos les sangraran por el trabajo, aunque los ojos se les cerraran de cansancio, aunque a veces alguno se desplomara de sueño sobre una mesa de ensamblaje.

Lo primero que uno aprendía al llegar a la Aldea Claus —si es que alguien llegaba por voluntad propia— era que allí **nadie estaba triste**.

No porque no pudieran estarlo.

Sino porque no debían.

Bajo ese cielo sin descanso, una estrella se alzaba más grande y más brillante que todas las demás: **Luminari**. No se movía con el resto. No parpadeaba. No seguía ningún patrón de constelaciones. Solo estaba allí, clavada, fija, mirando directamente al gran taller como un ojo que jamás pestañeaba.

El taller era el corazón de todo.

Las casas, las plazas y los callejones se organizaban alrededor de él como venas torcidas que siempre regresaban al mismo punto. Dentro, las máquinas rechinaban, los martillos golpeaban, los pinceles corrían de un lado a otro. Las risas, por encima de todo. Las mismas notas, los mismos coros, las mismas frases alegres repetidas hasta vaciarse de sentido.

—¡Más rápido, más rápido, que los niños esperan! —cantaban.

—¡Sonrisas, sonrisas, la tristeza no entra aquí! —respondían otros.

Pero esa noche, algo distinto iba a entrar.

No por la puerta.

No por la chimenea.

Por la forma más antigua: un nacimiento.

Las parteras duende corrían de un lado a otro dentro de la pequeña casa de troncos blanqueados por la nieve. Afuera seguían oyéndose cantos y risas; adentro, los sonidos eran otros: jadeos cortados, instrucciones apresuradas, el crujido de la madera cuando alguien apoyaba demasiado peso sobre la cama.

—Ya viene, ya viene... bajo Luminari, qué bendición —decía una de ellas, con una sonrisa tan amplia que le hacía temblar las comisuras.

La madre, pálida y sudorosa, apretaba las sábanas con fuerza. Del otro lado, un duende nervioso caminaba de un lado a otro, mirada clavada en el suelo, evitando ver.

Un grito más.  
Y entonces, silencio.

Solo duró un segundo, pero en la Aldea Claus el silencio nunca pasaba desapercibido.

Luego vino el llanto. Agudo, breve.  
Una bocanada, una protesta, una confirmación de que algo nuevo había llegado al mundo.

—Es un niño —anunció la partera principal, levantando el pequeño cuerpo envuelto en una manta color verde pálido—. Un duende sano y fuerte. Nacido bajo la estrella Luminari.

Las otras parteras hicieron un murmullo reverente. Solo se mencionaba a Luminari en ocasiones especiales. La estrella siempre había sido un buen augurio, o eso repetían, sin recordar del todo el origen de esa creencia.

Colocaron al recién nacido en los brazos de su madre. Ella, aún temblorosa, sonrió por costumbre antes de verlo realmente. Entonces, por un instante, la sonrisa se le congeló.

Los ojos del pequeño estaban abiertos. Demasiado abiertos. No pestañeaban. No se movían de un lado a otro como suelen hacerlo los recién nacidos. No buscaban el rostro de la madre ni la luz ni el techo. Miraban fijo, como si algo en el aire hubiera capturado para siempre su atención.

No lloraba ya. Tampoco reía. No hacía ni el más mínimo gesto.

—Agripino —susurró la madre, como si el nombre le hubiera sido colocado en la lengua por alguien más—. Te llamarás Agripino.

El padre se acercó, obligando a sus labios a estirarse en una sonrisa que no le salía fácil.

—¿Por qué así? —preguntó en voz baja.

La madre no supo responder. Simplemente sabía que ese era el nombre correcto.  
Las parteras, al oírlo, intercambiaron miradas rápidas. Una de ellas, la más anciana, sintió un escalofrío subirle por la columna. No supo si era el frío de la nieve que se filtraba por la ventana o algo más viejo, más profundo.

Agripino seguía mirando al techo.  
O tal vez más allá del techo.  
Más allá incluso de la Aldea Claus.

Los años en la Aldea pasaban marcados por inviernos idénticos. No había estaciones. Solo uno prolongado, blanco y dulce en apariencia, con su olor constante a galletas horneadas, chocolate caliente y barniz fresco.

La infancia de Agripino no fue muy distinta a la de los otros duendes, al menos en la superficie:

Lo vistieron con ropas de colores vivos.  
Lo llevaron a las plazas a jugar.  
Lo sentaron frente a instrumentos diminutos para que aprendiera canciones.

—Así, Agripino, mira —le decía Rolis, el duende de ojos claros que se convertiría en su único amigo. Rolis reía con facilidad, como si la risa le brotara del pecho sin resistencia—. ¡Ja, ja, ja! ¿Ves? Es fácil.

Agripino lo observaba.

Miraba la curvatura de sus labios, la tensión en sus mejillas, el sonido que producía al abrir la boca y dejar salir la risa.

Intentaba imitarlo.

Abría la boca. Estiraba los labios. Dejaba escapar un sonido seco, hueco, como un eco mal imitado. La risa se moría a mitad del intento, convertida en algo extraño, incómodo.

—Bueno, eso fue... gracioso —decía Rolis, sin saber bien por qué se le erizaba la piel cada vez que veía a Agripino intentar reír.

Los otros duendes no decían nada, al principio.

Solo se apartaban un poquito cuando él pasaba.

Un paso más allá, una silla más lejos, una mirada que evitaba cruzarse con la suya.

No porque Agripino hiciera algo malo.

Sino porque **no hacía nada**.

No cantaba.

No se unía a los juegos.

No se maravillaba con los caramelos gigantes ni con las luces parpadeantes.

Se limitaba a mirar.

Miraba las manos de los duendes cuando trabajaban.

Miraba cómo sus dedos se movían casi solos, repitiendo patrones mil veces ensayados.

Miraba sus rostros, tan llenos de risa, y ese brillo en los ojos que aparecía siempre que alguien pronunciaba la palabra “juguete”.

Había algo en ese brillo que lo desconcertaba.

Era parecido a hambre. Pero no de comida.

En las noches, cuando la Aldea se sumía en un falso descanso y solo le quedaban los cantos lejanos de los turnos nocturnos, Agripino se levantaba de su cama y se acercaba a la ventana.

La estrella Luminari estaba allí.

Siempre en el mismo lugar.

Siempre del mismo tamaño.

Siempre observando el gran taller.

Agripino se quedaba largo rato mirándola, con los ojos abiertos igual que el día en que nació.

La estrella nunca parpadeaba.

Él tampoco.

—¿Qué se siente? —murmuró una noche, en voz tan baja que ni él mismo estaba seguro de haber hablado—. ¿Qué se siente... ser como ellos?

Recordó las carcajadas de los duendes durante las fiestas.

Recordó la manera en que abrazaban los juguetes recién terminados, cómo cerraban los ojos un segundo al sostenerlos, como si algo invisible los atravesara y los llenara desde adentro.

Él jamás había sentido eso.

No entendía la risa.

No entendía la alegría.

Solo entendía *la ausencia*.

Un hueco en el pecho, frío y constante, como si alguien hubiera olvidado poner algo ahí el día que nació.

El invierno en el que cumplió diecinueve, lo llevaron por fin al lugar que todos los duendes esperaban con ansias desde pequeños: el **Gran Taller de la Aldea Claus**.

—Es un honor, Agripino —dijo un duende mayor, apoyándole una mano en el hombro con una sonrisa que no llegó a los ojos—. Aquí es donde se hace la verdadera magia. Aquí es donde nacen las sonrisas de los niños.

A la palabra “magia”, unos cuantos duendes alrededor rieron en coro, como si estuvieran sincronizados. Agripino simplemente asintió y entró.

El olor fue lo primero que lo golpeó.

Una mezcla de madera recién cortada, pintura fresca, metal caliente y algo dulce, demasiado dulce, como si el aire estuviera saturado de azúcar hasta volverse pesado.

Mesas largas se extendían en filas infinitas, repletas de piezas a medio ensamblar: cabezas de muñecas sin ojos, ruedas que esperaban un cuerpo para rodar, cuerpos de peluches abiertos por la mitad, derramando relleno blanco como entrañas blandas.

Los duendes trabajaban con una rapidez mecánica, pero con una alegría que rayaba en lo frenético. Hablaban entre ellos, contaban chistes, cantaban, se empujaban jugando, pero ninguno dejaba de trabajar ni un segundo. Sus manos seguían, incluso cuando sus ojos se desviaban hacia un compañero o hacia algún supervisor.

—Aquí serás feliz, ya lo verás —le dijo el duende mayor antes de dejarlo solo en su mesa.

Agripino bajó la mirada a la madera en bruto que habían puesto frente a él.

Tomó una pieza.

Era fría.

Dura.

Perfectamente inútil.

Hasta que alguien decidiera qué se suponía que debía ser.

La estrella Luminari, aunque no se veía desde dentro del taller, proyectaba su luz a través de los ventanales altos, dejando una silueta alargada sobre la mesa de Agripino. Una sombra clara, un reflejo blanco que rodeaba sus manos mientras tomaba las herramientas por primera vez.

Los otros duendes no se fijaron en eso.  
Estaban demasiado ocupados riendo.

Él, en cambio, sí lo notó.  
Y por primera vez desde que tenía memoria, sintió algo parecido a...  
No, no era alegría.  
No era tristeza.  
Era expectación.

Como si algo, por fin, estuviera a punto de llenar el hueco.

Aún no lo sabía, pero esa noche, bajo la luz fija de Luminari, en esa mesa anónima del Gran Taller, **no solo iba a nacer su primer juguete.**

Iba a nacer también la grieta por donde se colaría algo más oscuro que cualquier invierno.

## **Capítulo 2 – El caballo bajo Luminari**

La rutina del taller se le pegó a la piel como el olor a barniz.  
Día tras día, Agripino hacía lo mismo que los demás: lijar, cortar, ensamblar, pintar. Piezas que no le pertenecían, juguetes cuyo destino nunca vería. Los otros duendes tarareaban mientras trabajaban, competían entre ellos por quién terminaba más rápido, inventaban canciones nuevas sobre niños que nunca conocerían.

Agripino no cantaba.  
Pero aprendía.  
Observaba.

Notaba cómo, cada vez que uno terminaba un juguete, sucedía algo pequeño pero constante:  
el duende se quedaba mirándolo unos segundos más de lo necesario.  
Le pasaba la mano por encima, acariciándolo.  
Sonreía con una ternura que no dedicaba a ningún ser vivo.

Luego lo soltaba, lo ponía en una pila y seguía trabajando.  
Pero ese breve instante quedaba grabado en la memoria de Agripino como una chispa.

*Ahí está otra vez.  
Ese brillo en los ojos. Ese calor en el rostro.*

Algo se encendía en ellos al terminar un juguete.  
Algo que él no tenía.

La noche de sus diecinueve inviernos llegó sin ceremonia.  
En la Aldea Claus, los cumpleaños eran solo otra excusa para reír más alto, para trabajar

más rápido, para decir que cada año que pasaba era “un año más al servicio de la sonrisa de los niños”.

—¡Agripino! —gritó Rolis al final del turno, sacudiendo un pequeño cascabel frente a su cara—. ¡Ya son tus diecinueve inviernos! ¡Toca fiesta!

Detrás de él, varios duendes levantaron tazas de chocolate caliente y empezaron a cantar un villancico ligeramente modificado, metiendo su nombre en medio de la letra, apretándolo donde no encajaba.

Agripino respondió con una inclinación de cabeza.

Sintió las miradas sobre él, la expectativa de que se uniera, de que riera, de que diera saltitos como los demás. No lo hizo.

—Vayan ustedes —dijo, con esa voz baja que casi nunca usaba—. Quiero quedarme en el taller un rato más.

Rolis parpadeó, confundido.

—¿Trabajar... en tu cumpleaños?

Agripino miró la mesa, la madera esperándolo, las herramientas ordenadas.

—No voy a trabajar —mintió a medias—. Solo quiero... hacer algo.

Hubo un murmullo leve entre los duendes. Uno de ellos, más cínico, se encogió de hombros.

—Bah, déjenlo. Si quiere ser raro, que sea raro. Mientras haga juguetes, a Santa no le importa.

Las risas se dispersaron hacia la salida.

Rolis fue el último en irse.

—Te guardaré un trozo de pastel de jengibre —prometió, con una sonrisa genuina—. Pero al menos intenta divertirme... a tu manera, supongo.

Cuando la puerta del taller se cerró detrás de ellos, el mundo cambió de sonido.

La algarabía lejana de la aldea quedó amortiguada, como si alguien hubiera puesto una manta sobre la realidad.

Solo quedaron el crujido de la madera, el zumbido del viento contra los cristales y la respiración de Agripino.

Y, sobre todo, la luz.

La luz de Luminari entrando por los ventanales superiores, blanca, fija, cayendo justo sobre su mesa como una bendición torcida.

Agripino se quedó quieto un momento, con las manos sobre la mesa, sintiendo la textura áspera de la madera cruda.

No sabía exactamente qué iba a hacer.  
Solo sabía que no quería seguir ensamblando piezas ajenas. Quería crear algo completo, suyo, desde el inicio hasta el final.

Tomó un bloque de madera.  
Pesaba lo justo. Ni demasiado liviano, ni demasiado macizo. Lo sostuvo frente a la luz de Luminari y, por un segundo, le pareció ver una silueta escondida en la veta.

No era una idea clara, no era una voz.  
Era un impulso.

El primer corte resonó en el taller vacío como un trueno contenido.  
La gubia se deslizó con algo parecido a confianza. Sus manos, acostumbradas a seguir patrones establecidos, comenzaron a desviarse, a inventar curvas, a afinar líneas que nadie le había enseñado.

Poco a poco, el bloque empezó a transformarse.  
Un cuello alargado.  
Un lomo curvado.  
Patitas delgadas, tensas, como si estuvieran listas para correr.

Un caballo.

Agripino no sabía por qué había elegido esa forma.  
Nunca había visto uno real. Solo dibujos en algunos libros de niños, ilustraciones en papel brillante que pasaban por sus manos fugazmente en la etapa de empaquetado.

Pero ahora, ese caballo de madera tenía algo más que forma.  
Tenía intención.

Lo lijó con cuidado exagerado. Cada astilla eliminada era un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.  
Trazó detalles en la crin, talló ojos pequeños, apenas insinuados.  
Hubo un momento en que se detuvo, herramienta en el aire, sintiendo una punzada en el pecho.

*¿Y si así es como se siente?*

*¿Y si esto... —miró el caballo, aún incompleto— ...es lo que ellos sienten cuando terminan uno?*

Pintó el cuerpo con una mezcla de tonos marrones y rojizos, improvisando con los frascos a su alcance. No usó el rojo de siempre, el alegre de los lazos y gorros. Usó uno más oscuro, más profundo, casi opaco.

En las patas, el pincel se le escapó un poco, dejando marcas irregulares, como salpicaduras.

No las corrigió.

La luz de Luminari se concentraba en el juguete, como si lo eligiera.  
Agripino sintió la piel erizarse.

No de miedo. Tampoco de frío.  
Era... otra cosa.

Cuando dio la última pincelada en la crin, se apartó ligeramente. A su alrededor, el taller parecía más silencioso, como si todo estuviera esperando con él.

El caballo se quedó quieto un instante.  
Luego, muy despacio, una de sus patas delanteras tembló.  
Después, la otra.  
Las cuatro.

Y entonces el caballo de madera comenzó a moverse.

No corrió.  
No relinchó.  
No emitió ningún sonido.

Simplemente empezó a dar vueltas sobre la mesa, girando sobre sí mismo, levantando ligeramente las patas, como un carrusel sin música. Las ruedas ocultas bajo las pezuñas se deslizaban con una suavidad que Agripino no recordaba haber construido.

Él no se asustó.  
No se echó hacia atrás.  
No gritó.

Lo miró con una fascinación tan pura que casi dolía.

—Te estás moviendo —susurró, como si el caballo pudiera entenderlo.

El caballo siguió girando, girando, girando, trazando un círculo invisible sobre la madera manchada de pintura. La luz de Luminari lo envolvía, haciendo que su superficie brillara, que sus ojos tallados parecieran más profundos de lo que eran.

Agripino sintió algo subir desde el estómago hasta la garganta.  
No era náusea.  
No era llanto.

Era una presión extraña, una ola que pedía salir.

Pensó en Rolis.  
En su risa fácil.  
En cómo siempre intentaba arrastrarlo a la alegría.

Quiso mostrarle esto. Quiso ver qué pasaba cuando alguien más tocara ese caballo.  
Quiso ver ese brillo en los ojos, pero más intenso.  
Quiso saber si este juguete podía provocar algo distinto, algo más fuerte que una simple sonrisa de oficio.

Sin apagar las luces ni guardar las herramientas, tomó al caballo, que seguía moviéndose un poco incluso en sus manos, como si resistiera quedarse quieto.



Salió del taller, dejando la puerta entornada, y caminó hacia el área de descanso donde sabía que los demás estarían celebrando.

La nieve crujía bajo sus botas.

La Aldea olía a azúcar quemada y canela.

Desde lejos, se escuchaban canciones, risas, vasos chocando.

Agripino apretó el caballo contra su pecho.

Notó que temblaba ligeramente, como si dentro hubiera un corazón diminuto esforzándose por salir.

Por primera vez en mucho tiempo, tuvo prisa.

El salón común estaba lleno.

Guiraldas verdes y rojas colgaban del techo, y una enorme mesa central estaba repleta de dulces, bebidas y pequeños paquetes envueltos solo por costumbre, pues los duendes rara vez se regalaban algo que no fueran más horas de trabajo o bromas pesadas.

—¡Agripino! —exclamó Rolis al verlo entrar—. ¡Pensé que no vendrías!

Se abrió paso entre los demás, con la cara ligeramente sonrojada por el alcohol suave que tomaban “para entrar en calor”. Cuando estuvo cerca, notó el objeto que Agripino llevaba en brazos.

—¿Es... un juguete? —preguntó, con interés genuino.

Agripino asintió.

—Lo hice esta noche. Solo yo. No es de los modelos del taller.

Rolis alargó las manos, curioso.

El caballo, en cuanto sus dedos lo rozaron, se estremeció y se soltó de las manos de Agripino, cayendo al suelo.

Por un momento, hubo un silencio incómodo.

Luego, el caballo empezó a moverse.

Esta vez no fue un giro lento.

El juguete avanzó entre las piernas de los duendes, esquivando obstáculos como si pudiera ver. Dio una vuelta en círculo, luego otra, y otra, siempre regresando a las manos de Rolis, como un animal amaestrado.

Las risas brotaron alrededor.

Primero, risas amables.

Luego, algo más.

Rolis lo tomó al vuelo. Sus ojos brillaban de una manera que Agripino nunca le había visto. No era solo alegría. Había sorpresa, fascinación, una especie de hambre súbita.

—Es... increíble —dijo, sin aliento—. ¿Lo hiciste tú solo?

Agripino sintió un cosquilleo subirle por el pecho.

—Sí.

Rolis abrazó el caballo, pegándolo a su pecho, y corrió dando vueltas por el salón con una sonrisa desbordada, casi infantil.

—¡Miren esto! ¡Es mío! ¡Agripino lo hizo! ¡Miren cómo se mueve!

La risa se contagió. Algunos duendes intentaron tocar el caballo, pero Rolis lo apartaba con una energía nerviosa, como si temiera que alguien se lo quitara.

Agripino lo observaba desde la entrada del salón.

Sus ojos se movían rápido, mirando las reacciones.

Veía el brillo en las miradas, la forma en que todos se inclinaban hacia el juguete, la envidia, la fascinación.

Y entonces... sucedió.

Sin pensarlo demasiado, sin ensayar, sin forzarlo...  
sus labios se curvaron.

No fue la mueca incómoda de antes.  
No fue el intento torpe frente al espejo.

Fue una sonrisa.  
Real.  
Caliente.

Por primera vez en su vida, Agripino sintió algo encenderse dentro de él.

No era solo satisfacción.  
Era algo más intenso, más profundo, algo que se parecía a un hilo tenso que, de pronto, encontraba de qué sujetarse.

Ver a Rolis abrazar el caballo.  
Ver a los otros desearlo.  
Ver que algo hecho por sus manos podía provocar esa reacción...

Eso llenaba, aunque fuera un poco, el hueco.

Rolis, jadeante, se acercó a él después de varios minutos de perseguir al caballo que no dejaba de moverse.

—Es el mejor juguete que he visto en mi vida —dijo, con la voz alterada por la emoción—.  
¿Puedo... quedármelo?

Agripino lo miró.  
Miró a Rolis.  
Miró al caballo.

Sintió, por un segundo, un impulso egoísta de decir que no, de arrancárselo de las manos y guardarlo solo para él.

Pero luego, el calor en su pecho se expandió cuando vio el brillo ansioso en los ojos de su amigo.

Y respondió:

—Sí. Quédate con él.

Rolis lo abrazó fuerte, tanto a él como al juguete.

—Gracias, Agripino. De verdad. Gracias.

Agripino no supo qué responder.

Solo se quedó quieto, sintiendo algo extraño y nuevo:

Por primera vez, no se sentía vacío.

Por primera vez, la risa ajena no le parecía un ruido molesto.

Por primera vez, pensó que, tal vez, había encontrado su lugar en la Aldea Claus.

No sabía que, en ese mismo instante, bajo la luz inmóvil de Luminari, algo había tomado nota.

Algo que no entendía de villancicos ni de chocolate caliente.

Algo que, una vez despertado, jamás se saciaba con una sola sonrisa.

Porque, aunque en esa noche todo parecía inofensivo, la verdad era simple y terrible:

Agripino no solo había creado un juguete.

Había creado la primera dosis.

### **Capítulo 3 – La fábrica de euforia**

El caballo de Rolis no descansó.

Ni esa noche, ni las siguientes.

Al principio, todos lo tomaron como una simple maravilla: “un juguete especial”, “una rareza afortunada”, “un regalo de Luminari”, decían, riéndose. Rolis lo llevaba a todas partes. Al comedor, a los pasillos, a la plaza, incluso al borde de la cama cuando intentaba dormir.

Intentaba.

Los primeros días, el caballo no dejaba de moverse. Giraba en círculos sobre el suelo, subía a mesas y bajaba sin caer, se escabullía entre las patas de las sillas. A veces se quedaba quieto un momento, como exhausto, y Rolis aprovechaba para abrazarlo con fuerza, pegando la mejilla a la madera.

—Te calmas, te calmas y te quedas conmigo —murmuraba, como si le hablara a un animal nervioso.

Cuando el caballo se detenía del todo, algo cambiaba en el rostro de Rolis: la sonrisa se desvanecía un poco, sus ojos se apagaban, la respiración se le volvía pesada. Bastaba con que el juguete volviera a hacer un pequeño movimiento, solo un leve temblor de patas, para que todo volviera a encenderse.

Los otros duendes lo miraban con curiosidad.

Luego, con envidia.

Luego, con algo más.

—Déjame un rato, Rolis, solo un ratito —pedía uno de ellos, con una risa demasiado alta.

—No seas egoísta, solo quiero ver cómo se siente —decía otro, estirando la mano.

Rolis apretaba el caballo contra el pecho.

—Es mío —respondía, aún sonriendo, pero con una dureza nueva en la voz—. Agripino me lo dio a mí.

La primera discusión fue pequeña.

La segunda, no tanto.

En una esquina del comedor, dos duendes se empujaron tratando de agarrar el juguete cuando Rolis lo dejó sobre la mesa para servirse chocolate. El caballo se movió por su cuenta, tratando de escapar de las manos que lo buscaban, pero una de ellas lo atrapó por la pata trasera.

—¡Lo tengo! —gritó, eufórico.

El otro le dio un manotazo tan fuerte que los dos cayeron al suelo, rodando. La mesa vibró, las tazas se derramaron, el chocolate ardiente salpicó a varios y nadie se quejó. Nadie se detuvo a limpiar.

Solo miraban el caballo, rebotando entre cuerpos como si fuera el último trozo de pan en una hambruna.

Rolis se lanzó encima de ellos, arrancando el juguete con una fuerza que no le conocían. Tenía los ojos abiertos de par en par, respirando rápido.

—¡Dije que es mío!

El salón se quedó en silencio unos segundos.

Las risas, esa música de fondo constante, se cortaron, dejando un hueco extraño.

Luego alguien comenzó a cantar un villancico para llenar el aire de nuevo, y las cosas siguieron como si nada.

Como si nada.

Agripino observaba todo desde los bordes.

No hablaba.

No intervenía.

Solo miraba el caballo, como si cada giro, cada salto, cada pelea a su alrededor fueran notas de una melodía que solo él podía escuchar completa.

Algo dentro de él vibraba al ver a los otros así.

La sensación cálida en el pecho, la misma que había sentido la noche en que Rolis vio el juguete por primera vez, regresaba... pero ahora traía algo más. Un cosquilleo en la lengua, un hormigueo en las manos, una necesidad difícil de nombrar.

Cuando los duendes lo rodearon en el taller al día siguiente, ya había tomado una decisión sin saberlo.

—Agripino —dijo una duende bajita, con la voz demasiado dulce—, ¿podrías hacer otro? No igual, claro, pero parecido... algo que se mueva así... solo un poquito...

—Sí, sí, uno pequeño —añadió otro—. No lo llevaré a todos lados como Rolis, lo prometo. Solo quiero ver cómo se siente.

—Yo también quiero —dijo un tercero, y luego un cuarto, y pronto el pequeño grupo se convirtió en una multitud.

Agripino sintió el peso de todas esas miradas encima.

No eran las miradas de siempre, de incomodidad o rareza.

Había algo más oscuro ahí.

Hambre.

Necesidad.

El hueco en su pecho palpitó.

El calor volvió a aparecer, seguido de una extraña claridad.

*Puedo darles eso.*

*Solo tengo que trabajar.*

—Lo intentaré —dijo, despacio.

Las sonrisas estallaron alrededor.

Pero ya no eran las sonrisas mecánicas de siempre.

Eran más tensas. Más rápidas. Más voraces.

Las noches siguientes, el taller dejó de ser solo un lugar de trabajo.

Se convirtió en algo diferente.

Agripino comenzó a quedarse después de su turno, cuando los demás se iban a dormir o a beber. Cerraba la puerta con seguro, movía su mesa un poco más cerca de la luz de Luminari y apilaba bloques de madera frente a él, uno tras otro.

Al principio, intentó repetir el caballo.

Pero el resultado nunca era exactamente el mismo.

Algunos se movían solo unos segundos y se detenían, como si les faltara aliento. Otros

avanzaban en línea recta hasta chocar contra algo y caerse de lado. Uno en particular comenzó a moverse hacia atrás, lentamente, hasta caer de la mesa tres veces seguidas.

Agripino no se frustraba.  
Se obsesionaba.

Cada error era una pista.

Cada juguete “fallido” le mostraba un matiz distinto de ese efecto que no entendía pero que ya buscaba.

Probó con soldados de madera que marchaban en fila, con pequeños trenes que seguían caminos que nadie había dibujado, con peonzas que giraban tanto que parecían perforar el aire. Algunos de esos juguetes no se movían de inmediato, sino que esperaban. Permanecían inmóviles hasta que alguien los tocaba; entonces, reaccionaban.

Eso lo intrigó.

*No es solo lo que yo hago*, pensó alguna vez, con las manos entumecidas.  
*Es lo que ellos sienten cuando los tocan.*

El taller empezó a llenarse de sonidos nuevos por las noches: el golpeteo irregular de ruedas, el rozar de madera contra madera, el zumbido sordo de objetos que no tenían vida y, sin embargo, se comportaban como si la imitaran.

Sobre todo, se llenó de **miradas**.

Porque al poco tiempo, los duendes comenzaron a quedarse afuera del taller más allá del horario de trabajo. No entraban. No se atrevían, o nadie se los permitía. Pero se reunían frente a las ventanas, pegando la cara al vidrio, tratando de distinguir algo en la oscuridad interior.

—¿Ya estará haciendo más?  
—Escucha, creo que oí algo caer.  
—Quizá mañana sea mi turno.

Sus voces eran susurros, pero cargados de ansiedad.

Se empujaban por el mejor lugar contra el cristal, respirando tanto que el vidrio se empañaba.

Agripino fingía no verlos.  
Seguía trabajando.

Solo de vez en cuando alzaba la vista y veía las sombras recortadas en el marco de la ventana, las siluetas deformadas, los ojos brillando en la penumbra.

Eso también le gustaba.  
Le hacía sentir... necesario.

Cuando por fin salía, al amanecer, con ojeras y las manos llenas de astillas, lo rodeaban.

—¿Terminaste alguno?

—¿Me lo das a mí? ¡Yo te lo pedí primero!

—Yo también tengo derecho. No es justo que Rolis tenga el único bueno.

La palabra “bueno” se le quedó pegada en la cabeza.

*Bueno, pensó. No es exactamente bueno.*

Pero no corrigió a nadie.

Solo empezó a dejar uno o dos juguetes nuevos cada día sobre una mesa especial, cerca de la puerta.

Los duendes se abalanzaban sobre ellos como cazadores sobre una presa.

El cambio en la Aldea Claus fue lento, casi discreto, pero constante.

Primero, dejaron de cantar tanto.

Seguían riendo, sí, pero la risa se interrumpía cuando alguien pasaba con uno de los juguetes de Agripino en brazos. Las conversaciones se cortaban, las miradas se clavaban en el objeto en movimiento, y las palabras se evaporaban.

Luego, dejaron de decorar las casas con tanto entusiasmo.

Las guirnaldas se quedaron a medio colgar, las luces parpadeantes no se revisaban cuando se apagaban, las galletas se quemaban en el horno porque nadie recordaba sacarlas a tiempo.

Lo único que parecía importar era **tener uno**.

Aunque fuera un rato.

Aunque fuera compartido.

Y cuando no lo tenían, algo en ellos se quebraba un poco.

—Me lo prestaste solo un minuto —se quejaba una duende, con la voz temblorosa, los ojos húmedos—. Dijiste que me lo prestarías una hora entera.

—Bueno, ya pasó tu turno —respondía el otro, abrazando al juguete—. Lo necesito yo ahora.

“Lo necesito”.

No “lo quiero”.

“Lo necesito”.

Agripino escuchaba esas discusiones con la misma atención con la que antes estudiaba las risas.

Tomaba nota en silencio.

Empezaba a reconocer patrones: quién se ponía más pálido, quién sudaba más, quién no podía dejar de mover las manos cuando no tenía nada que aferrar.

A veces pensaba en preguntarse si aquello estaba mal.

Pero la pregunta nunca terminaba de formarse.

Cada vez que la duda se asomaba, la aplastaba el recuerdo de ese calor en el pecho.  
El mismo que ahora sentía no solo cuando veía la felicidad de los demás, sino también cuando notaba el vacío en ellos en su ausencia.

Era como si el hueco que siempre había llevado dentro empezara a llenarse... con los huecos que se abrían en los demás.

Una tarde, mientras lijaba en silencio junto a otros, un duende supervisor pasó a su lado y dejó una mano pesada en su hombro.

—He oído que tus juguetes están causando... revuelo —dijo, buscando la palabra.

Agripino no respondió.  
Solo siguió lijando.

—Santa Claus está al tanto —añadió el supervisor.

Eso detuvo el movimiento.

Agripino levantó la vista. Los otros duendes fingieron seguir trabajando, pero afinaron el oído.

—¿Santa...? —susurró.

El supervisor sonrió, pero era una sonrisa distinta a las habituales: más seria, más calculada.

—No todos los días nace alguien bajo Luminari —dijo—. No todos los días aparece un duende que pueda hacer lo que tú haces. Santa quiere ver con sus propios ojos lo que has estado fabricando.

Las miradas alrededor de él se clavaron en su nuca.

Algunas con admiración.

Otras con envidia.

Otras, simplemente con miedo de quedarse sin nada si Santa se llevaba los juguetes.

Agripino volvió la vista a su mesa.

El bloque de madera bajo sus manos tembló ligeramente.

Santa Claus.

El que repartía sonrisas al mundo.

El que todos adoraban.

El que, se suponía, veía y sabía todo lo que pasaba en la Aldea.

Que él quisiera ver sus juguetes...

eso encendió una chispa distinta dentro del pecho de Agripino.

No solo calor.

Poder.



Esa noche, la luz de Luminari parecía más intensa.  
El taller, más pequeño.  
La madera, más blanda.

Agripino trabajó hasta que los dedos le dolieron demasiado para cerrar y abrir las manos.  
No contaba ya cuántos juguetes hacía. Solo sabía que cada uno que terminaba lo acercaba más a algo grande e inminente.

Apiló decenas en un rincón del taller.  
Caballos que no se cansaban.  
Soldados que nunca dejaban de marchar.  
Peonzas que giraban incluso sobre superficies inclinadas.  
Pequeños muñecos que se levantaban solos cuando alguien los tumbaba.

Los colocó uno encima de otro, formando una pila inestable pero fascinante. La montaña de madera parecía respirar, moverse, vibrar por sí misma.

Cuando terminó, se quedó de pie frente a ella, con la respiración entrecortada, el corazón golpeándole en las costillas.

Pensó en los duendes que esperaban afuera, que se agolpaban en la ventana cada noche.  
Pensó en la forma en que temblaban cuando no conseguían ninguno.  
Pensó en Rolis, abrazando el caballo como si fuera lo único que lo mantenía entero.

Pensó en Santa Claus, acercándose al taller, viendo esa pila de juguetes...

Y algo en Agripino sonrió por dentro, incluso antes de que sus labios lo imitaran.

No era la misma sonrisa de la noche en la fiesta.  
Era más ancha.  
Más firme.  
Más difícil de quitar.

El hueco que lo había acompañado toda su vida, esa ausencia fría, ya no parecía tan profundo.

Se estaba llenando.  
Llenando de manos extendidas, de miradas hambrientas, de risas nerviosas, de promesas de "solo uno más".

Y él, por primera vez, no se sentía diferente a los demás.  
También necesitaba algo.

Necesitaba seguir.

La noticia corrió por la Aldea como un viento helado:

Santa Claus iría al taller de Agripino al amanecer.

Nadie durmió bien esa noche.

## Capítulo 4 – La visita de Santa

El amanecer llegó, pero nadie habló del sol.  
En la Aldea Claus solo importaba otra cosa:

—Hoy viene Santa —susurraban todos.

La frase se repetía de boca en boca con una mezcla de devoción y nervios. Algunos la decían cantando, otros casi en un murmullo desesperado. Los duendes que no tenían juguetes de Agripino habían dormido inquietos, girando en la cama, apretando las mantas como si fueran de madera tallada. Los que sí tenían uno... casi no durmieron.

Los abrazaban.

Los escondían bajo la almohada.

Se despertaban a cada rato para asegurarse de que seguían allí.

Rolis no soltó su caballo ni un segundo.

En el taller, el aire era distinto.

Agripino estaba de pie frente a la montaña de juguetes que había levantado. No sabía cuánto tiempo llevaba mirándola. Podía sentir el leve temblor de la pila, los golpecitos mínimos cuando alguna pieza se movía por su cuenta, el crujido suave de la madera acomodándose.

Sus manos olían a pintura seca y sangre vieja. Se había hecho cortes en los dedos, pero casi no los recordaba. El dolor era ruido de fondo.

La luz de Luminari entraba por el ventanal superior, cayendo justo encima de la montaña de juguetes como un foco teatral.

Parecía... un altar.

Cuando el primer golpe sonó en la puerta, fue sordo y profundo, como si alguien hubiera tocado con algo pesado.

TOC.

TOC.

El corazón de Agripino se detuvo un segundo.

No tenía dudas de quién era.

—Agripino —la voz al otro lado era grave, cálida, arrastrando las sílabas como si fueran copos de nieve—. Soy yo. Puedo pasar, ¿verdad?

No era una pregunta.

Santa Claus no pedía permiso.

Solo mantenía las formas.

Agripino caminó hacia la puerta, con las piernas un poco entumecidas. Cuando la abrió, la figura que llenó el marco pareció demasiado grande para la Aldea que había conocido hasta ahora.

El abrigo rojo.

La barba blanca.

La sonrisa amplia, esa sonrisa que todos repetían en canciones, en dibujos, en adornos.

Pero de cerca...

De cerca había algo más.

Los ojos.

No eran malos.

No eran buenos.

Solo estaban cansados. Y atentos. Muy atentos.

Santa dio un paso dentro del taller. El olor a madera y barniz lo envolvió. Sus botas crujieron sobre el serrín.

—Ajá —dijo, casi para sí mismo—. Entonces este es el lugar.

Su mirada recorrió la estancia, deslizándose por mesas, herramientas, restos de juguetes comunes... hasta que se detuvo en la montaña.

La sonrisa se hizo más grande.

No por obligación.

Por algo muy parecido a entusiasmo.

—Vaya, vaya, vaya...

Se acercó, lento, casi reverencial. Algunos juguetes se activaron al sentir la vibración de sus pasos: un tren comenzó a avanzar sobre la nada, una peonza giró sobre una superficie irregular, un muñeco se incorporó sin ayuda.

Santa los observó con calma, sin sorprenderse demasiado.

Como si hubiera visto cosas peores.

O mejores.

—Los duendes hablan mucho, Agripino —dijo, sin dejar de mirar los juguetes—. Decían que estabas haciendo algo especial. No suelo creer todo lo que escucho... Pero esto...

Alargó la mano y tomó un juguete al azar: un soldado de madera que comenzó a marchar sobre su palma, girando en círculos pequeños como un prisionero en una celda.

—...esto sí es especial.

Agripino sintió la garganta seca.

—Solo los hago —respondió, con voz baja—. No sé por qué se mueven así.

Santa lo miró por primera vez. Hubo un brillo difícil de descifrar en sus ojos.

—Eso es lo más interesante de todo —murmuró—. A veces, la magia no necesita explicación. Solo necesita... dirección.

Dejó al soldado sobre la pila, donde siguió marchando sin descanso.

Luego, Santa apoyó una mano pesada en la cabeza de Agripino. Fue un gesto casi paternal, casi cariñoso, pero había algo en el contacto que se sentía como un sello.

—Hiciste un gran trabajo aquí, Agripino —dijo, riendo con fuerza—. Con tantos juguetes, esta navidad ningún niño se quedará sin poder jugar.

La frase se clavó en el pecho de Agripino.

*Ningún niño se quedará sin poder jugar.*

La idea lo golpeó con más fuerza que cualquier elogio.

Hasta ese momento, sus juguetes habían existido solo para la Aldea, para las manos voraces de los duendes. Pero Santa hablaba de algo más grande. De niños en todas partes. De ojos que nunca había visto, de risas que nunca había escuchado.

Su hueco interior... vibró.

Se calentó.

El calor se hizo casi doloroso cuando Santa añadió:

—No hay muchos como tú. No desperdiciaremos esto.

“Esto”.

No “tu talento”.

No “tu don”.

“Esto”.

No supo por qué, pero la palabra lo hizo sentirse menos persona y más... herramienta.

Y aun así, el calor le gustó.

Santa trajo el gran costal.

Era más grande de lo que Agripino había imaginado. De cerca, la tela no parecía tela. Tenía un brillo opaco, como si estuviera hecha de sombra comprimida, cosida con hilo de oro. Cuando Santa lo abrió, el interior se vio más oscuro que cualquier rincón del taller.

—Vamos —dijo, alegre—. Hay que llenarlo. Tenemos mucho trabajo.

Agripino obedeció sin pensar.

Uno a uno, comenzó a tomar los juguetes de la montaña y a introducirlos en el costal. Cada vez que soltaba uno, sentía una punzada extraña, como si dejara ir algo que aún estaba conectado a él por un hilo invisible.

El costal nunca parecía llenarse del todo.

—¿Hasta cuándo...? —se atrevió a preguntar.

Santa soltó una carcajada que hizo vibrar los cristales.

—Hasta que no quede ninguno, por supuesto.

Agripino miró la pila.

Miró el costal.

Miró a Santa.

Y siguió.

No fue suficiente con la montaña.

Cuando el último juguete cayó dentro del saco, todavía quedaba espacio. Un vacío redondo, expectante.

Santa lo miró de reojo.

—Me han dicho que tus amigos duendes tienen algunos de tus juguetes en casa

—comentó, como quien habla del clima—. Sería una pena no llevarnos también esos, ¿no crees?

Agripino se quedó quieto.

Pensó en Rolis.

En el caballo.

En las manos apretadas alrededor de la madera.

Pensó en los otros, abrazando sus soldados, sus trenes, sus muñecos.

Pensó en el hueco del costal.

En el hueco de su pecho.

—Puedo traerlos —dijo al final, sorprendiéndose de lo fácil que salían las palabras.

Santa asintió, satisfecho.

—Eres un buen duende, Agripino.

La frase lo pinchó por dentro. No sabía si era verdad. No sabía si le importaba.

Solo sabía que, por primera vez, podía decidir algo que afectaría a todos los demás.

Salió del taller.

La Aldea seguía en su rutina forzada de villancicos, pero había una tensión en el aire, una vibración nerviosa.

Agripino fue de puerta en puerta. Tocó, entró, pidió.

No lo hizo con violencia.

No lo hizo con engaño.

Solo decía la verdad:

—Santa necesita los juguetes para los niños.

—Solo está tomando prestado lo que ustedes ya disfrutaron.

—No pueden quedárselos.

Las reacciones fueron variadas.

Algunos duendes se resistieron al principio, abrazando los juguetes con fuerza, pero al oír el nombre de Santa, los dedos se les aflojaban, la culpa les subía a la cara. Lo entregaban con una sonrisa temblorosa, diciendo cosas como:

—Claro, claro, es lo correcto.

—Los niños primero, siempre.

—No soy egoísta, no, no...

Pero sus ojos contaban otra historia.

Se quedaban vacíos cuando el juguete desaparecía del marco de la puerta.

Seguían mirando el hueco en la cama, en la mesa, en el estante, como si aún estuviera allí.

Rolis fue el último.

Lo encontró sentado en el borde de su cama, con el caballo entre las manos.

No se movía.

No hablaba.

Solo miraba fijo el juguete, que ya casi no se movía. Sus ruedas temblaban, girando apenas unos milímetros.

—Santa necesita el caballo —dijo Agripino, desde el umbral.

Rolis levantó la vista. Sus ojos tenían ojeras profundas, y la sonrisa que intentó dibujar parecía mal pegada.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó.

Agripino no respondió de inmediato.

Podría haber dicho “solo esta navidad”, “solo un viaje”, “luego te haré otro”.

No dijo nada de eso.

—Lo necesita —repitió.

Rolis apretó el caballo con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Es mío —susurró—. Me lo diste tú. Dijiste que era para mí. Que podía quedármelo.

—Y lo tuviste —respondió Agripino—. Lo disfrutaste. Ahora debe irse.

Un silencio espeso se instaló entre los dos.

Rolis respiraba rápido, como si hubiera corrido.

—Puedo hacer otro —añadió Agripino, casi por instinto—. Más adelante.

Fue la promesa la que quebró algo.

Rolis cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, había lágrimas acumuladas en los bordes, pero no caían.

—Lo juras —dijo, con voz ronca.

Agripino dudó.

Luego asintió.

Rolis miró el caballo por última vez, como si intentara memorizar cada veta, cada mancha de pintura.

Se lo entregó.

En el momento en que sus dedos lo soltaron, algo se apagó en él.

Sus hombros cayeron.

Su respiración se hizo más superficial.

—Ve —murmuró—. Llévatelo. Los niños... sí, los niños.

Pero sus ojos no miraban a Agripino.

Miraban el vacío que dejaba el caballo.

Cuando Agripino regresó al taller con los juguetes recuperados, el costal lo esperaba. Santa también.

—Bien hecho —dijo, sonriendo, mientras Agripino arrojaba al caballo y a los demás dentro del saco.

Durante un segundo, al soltar el caballo, Agripino sintió un latido extraño pasarle por la mano, como una descarga. No supo si venía del juguete... o de él.

Santa cerró el costal.

El nudo se apretó solo, como si la tela tuviera vida.

—Esta será una gran noche buena —dijo el viejo, acomodándose el saco al hombro con facilidad inhumana—. Los niños estarán encantados. Y tú, Agripino... tú has sido de mucha ayuda.

Le guiñó un ojo.

—Sigue trabajando así y la Aldea Claus nunca volverá a ser la misma.

Agripino no supo si eso era una promesa o una amenaza.

Cuando Santa se marchó, la Aldea entera se reunió a verlo despegar.

Risas, aplausos, villancicos.

Nadie preguntó qué había en ese costal. Siempre había algo. Siempre sería “para los niños”.

Solo unos pocos sabían que, esta vez, también se estaban yendo los juguetes que los habían mantenido respirando.

Al principio, el vacío fue solo una incomodidad.

Una sensación de manos vacías.

Miradas que buscaban instintivamente un objeto que ya no estaba.

Pasaron las horas.

La noche se espesó.

Las luces siguieron encendidas, pero el brillo en los ojos de los duendes empezó a apagarse poco a poco.

Rolis caminó por la Aldea como un fantasma, con las manos cerradas en puños que no sostenían nada.

Otros duendes lo imitaban sin darse cuenta.

Uno tras otro, comenzaron a dirigirse hacia el mismo lugar.

El único lugar donde, en su mente, aún podía haber una solución.

El taller.

Agripino estaba sentado en el suelo, la espalda apoyada contra la mesa, las manos colgando a los lados. Sentía los dedos adoloridos, la mente aturdida, el cuerpo vacío.

El taller estaba demasiado silencioso.

Había vivido tantas noches rodeado de ruidos: juguetes moviéndose, herramientas cayendo, madera crujiendo.

Ahora, con la montaña desaparecida y el costal lejos, parecía otra habitación.

Más grande.

Más fría.

Por primera vez en mucho tiempo, el hueco en su pecho volvió a hacerse notar.

Ya no tenía juguetes que apilar.

Ni miradas hambrientas que observar.

Solo tenía sus manos.

Y el recuerdo del calor cuando alguien tocaba lo que él había creado.

El primer golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

No fue como el de Santa.

Fue más... frenético.



TOC TOC TOC TOC.

Una lluvia de puños pequeños contra la madera.

—¡Agripino! —una voz al otro lado, ahogada, exigente—. ¡Agripino, abre!

Más voces se sumaron.

—¡Necesitamos hablar contigo!

—¿Dónde están los juguetes?

—¡Abre ya!

Agripino se levantó despacio.

Sintió algo parecido a miedo.

Y, por debajo de ese miedo, algo más oscuro: curiosidad.

Se acercó a la puerta.

La abrió.

El pasillo estaba lleno.

Decenas de duendes apretados, ojos abiertos de par en par, algunos temblando, otros con los labios secos. No sonreían. No cantaban. No estaban fingiendo estar bien.

En primera fila, Rolis.

Su mano se movió tan rápido que Agripino casi no la vio.

Lo tomó del cuello del delantal, lo levantó unos centímetros del suelo. Nunca lo había visto así.

Sus ojos ya no eran claros.

Eran dos agujeros llenos de una urgencia desesperada.

—¿Dónde está mi caballo? —escupió, con voz quebrada—. Necesito mi caballo de madera.

La palabra *necesito* se quedó flotando en el aire como un golpe invisible.

Agripino sintió el calor subirle a la cara, pero no era placer. No aún.

Era algo crudo, primario.

—Se lo di a Santa —respondió, con los pies colgando—. Lo llevaba en el costal. Es para los niños...

No alcanzó a terminar.

Otro duende se acercó y lo empujó por el hombro, obligando a Rolis a soltarlo.

—Entonces haz más —gruñó, con los dientes apretados—. Haz más ahora.

Un murmullo aprobador recorrió el grupo.

—Sí. Más.  
—Puedes hacerlo, ¿no?  
—¡Nos prometiste!  
—Necesitamos nuestros juguetes.

La palabra volvió a aparecer, esta vez en varias bocas.

*Necesitamos.*

Agripino tragó saliva.  
Sintió la espalda chocar contra el marco de la puerta mientras los cuerpos se acercaban.

—Puedo... hacerlos —dijo, despacio—. Pero necesito trabajar solo. Si alguien entra al taller, no funcionará. Necesito silencio. Necesito... estar encerrado.

No estaba seguro de por qué dijo eso.  
Tal vez quería espacio.  
Tal vez quería ver qué tanto estaban dispuestos a darle... con tal de tener lo que querían.

Los duendes se miraron entre sí.

Y, para su sorpresa, no solo aceptaron.

Se lo tomaron demasiado en serio.

—Que nadie lo moleste —dijo alguien.  
—Enciérrenlo bien —añadió otro—. Que no salga hasta que haya juguetes para todos.

Manos lo empujaron hacia adentro.  
La puerta se cerró de golpe.  
Oyó cómo corrían cerrojos, cómo arrastraban vigas, cómo clavaban madera desde afuera.

El sonido del metal soldándose se mezcló con sus propios latidos.

Bloqueaban no solo la entrada principal, sino también las ventanas bajas, los respiraderos, cualquier rendija por la que pudiera pasar.

Solo dejaron una cosa.  
Una abertura, allá arriba.

El ventanal alto.

—Por ahí nos los vas a pasar —gritaron desde afuera—. Y por ahí te pasaremos la comida.  
No saldrás hasta que termines.

Las voces se alejaron un poco, pero no del todo.  
Podía sentirlos.  
Sabía que se quedarían cerca.

Agripino miró alrededor.

El taller era, oficialmente, su prisión.  
Y su templo.

Miró sus manos.

Miró la mesa.

Miró la luz de Luminari, filtrándose por el ventanal, marcando un cuadrado perfecto sobre la madera.

Sintió el hueco en el pecho.

Sintió, también, cómo algo empezaba a llenarlo de nuevo.

*Quieren más.*

*Me necesitan.*

Y él...

él también empezaba a necesitar ver qué sería capaz de hacerlos cuando les diera exactamente eso.

El primer bloque de madera cayó sobre la mesa.

El primer golpe de herramienta sonó en la sala sellada.

Afuera, decenas de ojos miraban hacia arriba, hacia el ventanal.

Esperando.

## **Capítulo 5 – El primer juguete que cayó**

El taller olía distinto cuando uno sabía que no podía salir.

El serrín era el mismo, la pintura la misma, el metal frío de las herramientas seguía ahí, pero el aire tenía otro peso. No era solo encierro. Era expectativa. Como si las paredes mismas estuvieran conteniendo la respiración junto con él.

Afuera, los pasos iban y venían.

No se alejaban del todo.

Los duendes no tenían nada mejor que hacer que esperar.

Agripino tomó un bloque de madera y lo puso bajo la luz de Luminari. La claridad que entraba por el ventanal alto se recortaba en la mesa, formando un rectángulo casi perfecto, una especie de escenario.

Sus manos se movieron sin dudar.

Golpes, cortes, lijadas.

El sonido de la gubia perforando la madera se mezclaba con los murmullos amortiguados del otro lado de las paredes selladas.

—¿Ya estará haciendo uno?

—Tiene que apurarse.

—No sé tú, pero no he podido dormir.

Las voces se filtraban por alguna grieta, deformadas, pero claras en su intención. Agripino no las ignoraba. Trabajaba al ritmo de ellas.

Esta vez no intentó inventar algo nuevo. Quería algo que funcionara. Algo que conociera. Algo que ya sabía que podía provocar el brillo correcto.

Un caballo.

Otro caballo.

Similar al de Rolis, pero no igual.

Las patas un poco más finas, la crin más desordenada, los ojos más hundidos. Cuando lo pintó, la mano le tembló de cansancio y dejó manchas oscuras alrededor de las pezuñas, como si las hubiera sumergido en algo más espeso que pintura.

No corrigió nada.

Ya había aprendido que algunos errores... ayudaban.

Cuando lo terminó, lo dejó sobre la mesa.

Esperó.

El caballo permaneció quieto un instante, como si considerara la idea misma de moverse.

Luego, la misma vibración.

El mismo impulso en las patas.

El pequeño giro sobre sí mismo.

Agripino notó que, desde que lo encerraron, algo en él había cambiado también.

No se sorprendía ya de que se movieran solos.

Eso había dejado de ser lo extraño.

Lo extraño era lo que pasaba después.

Lo que pasaba con los otros.

Tomó al caballo entre las manos. Sentía la vibración interna, como un latido ajeno.

Levantó la vista hacia el ventanal.

La pared frente a él había sido reforzada desde fuera, pero no habían podido tapar por completo el ventanal alto. Era demasiado grande, demasiado alto para que alguien lo alcanzara desde el suelo. De ahí venía la luz de Luminari. De ahí entrarían y saldrían las cosas.

Arrastró una mesa bajo el ventanal, subió, luego apiló cajas sobre la mesa, y por fin quedó a la altura justa para asomarse.

No vio rostros.

Solo sombreros y cabellos alborotados, pequeñas figuras amontonadas muy abajo, en la base de la pared exterior. Estaban todos mirando hacia arriba, con las manos sobre los ojos, tratando de ver algo que el brillo les ocultaba.

—¡Agripino! —gritó alguien, al verlo recortado en el marco—. ¿Ya tienes uno?

No había presentación, ni “hola”, ni educación.  
Solo urgencia.

Agripino sostuvo el caballo en el aire, para que lo vieran.  
Un murmullo recorrió la multitud. No eran risas. Eran exhalaciones, como un solo suspiro colectivo.

—Lo voy a lanzar —anunció—. Solo uno.

No dijo para quién.  
No dijo que haría más.  
No dijo nada de compartir.

Dejó caer el caballo.

Por un segundo, solo se oyó el silbido pequeño del juguete cortando el aire.  
Luego, el impacto contra la nieve.

Y después, el caos.

Desde arriba, la escena parecía lejana, casi ajena.  
Duendes corriendo, empujándose, manos extendidas hacia el punto donde el caballo había caído. Nadie estaba sonriendo.

El primero que lo alcanzó tropezó, pero no lo soltó. Cayó de lado, riendo con una risa cortada, rota, mientras pegaba el juguete al pecho. El segundo se le lanzó encima, metiendo los dedos entre sus brazos para arrancárselo. El tercero tiró del sombrero de ambos hasta arrancarlo.

En menos de un minuto, la pelea dejó de ser por el juguete y se volvió contra cualquiera que estorbara.

Golpes.  
Patadas.  
Gritos.

—¡Es mío!  
—¡Lo vi primero!  
—¡Suéltalo, suéltalo, suéltalo!

A veces el caballo asomaba entre la maraña de cuerpos: una pata que brillaba bajo el sol, la crin manchada de nieve, el cuerpo girando aún mientras lo estrujaban.  
Cada vez que aparecía, una nueva oleada de violencia se desataba.

Agripino observaba con ojos muy abiertos.  
El miedo que había sentido al principio de la noche, cuando lo encerraron, se disolvía lentamente.

En su lugar, subía otra cosa.  
Una risa interna que todavía no se atrevía a salir por la boca, pero que vibraba en la garganta.

*Todo eso... por algo que hice yo.*

El caballo, inevitablemente, se rompió.

No fue un gran estallido. Solo un crujido seco. Una pata se desprendió, luego la cabeza se astilló contra una bota. Alguien se quedó con el torso, otro con un fragmento de rueda, otro con una astilla cualquiera.

El ruido cambió.

Los gritos dejaron de ser de pelea y se volvieron lamentos.

Un duende, de rodillas, sostenía una mitad del caballo, temblando, clavando las uñas en la madera rota.

—No... no, no, no, no... —repetía, como si hubiera perdido a alguien, no algo.

Otro miraba el ventanal, con las manos extendidas.

—¡Agripino! —chilló—. ¡Se rompió! ¡Haz otro! ¡Rápido!

Todas las cabezas se alzaron en la misma dirección.

Las miradas lo golpearon como piedras.

En esos ojos había algo nuevo.

No era simple deseo.

Era dependencia.

Agripino sintió el hueco de su pecho llenarse otra vez, pero esta vez acompañado de una sensación más fría: poder.

Abajo, entre los restos del caballo, alguien comenzó a llorar. De verdad.

No de frustración pasajera.

Un llanto hondo, desgarrado.

Entonces, la risa que tenía atrapada le subió hasta la boca.

No fue un estallido fuerte, ni una carcajada sonora.

Fue un sonido bajo, ronco, que apenas se oyó por encima del barullo.

Pero fue risa.

Y no se sentía falsa.

Se apartó del ventanal, con la sonrisa aún pegada a la cara, y buscó otro bloque de madera.

El taller ya no era una prisión.

Era una fábrica de algo mucho más valioso que juguetes.

Era una fábrica de necesidad.

El segundo juguete tardó menos.

Las manos de Agripino parecían haber ganado memoria propia. Sabían dónde cortar, dónde lijar, qué forma exacta provocar más movimiento, más reacción. Esta vez no fue un caballo. Fue un pequeño muñeco de cuerpo redondo y piernas cortas, con ojos tallados como dos agujeros negros.

Cuando lo terminó, lo sostuvo un momento.

Sintió cómo el juguete vibraba apenas, como si estuviera impaciente.

Se tomó su tiempo en subir al ventanal.

No por cansancio.

Por crueldad.

Quería ver qué pasaba con ellos si esperaban un poco más.

Al asomarse, lo encontró confirmado:

Nadie se había ido.

Algunos estaban arrodillados en la nieve, mirando los restos del caballo como si todavía pudiera recomponerse. Otros rondaban en círculos, respirando fuerte, con las manos enredadas en el cabello.

Alguien los vio primero.

—¡Está ahí! ¡Tiene otro!

El murmullo subió de nivel.

Ya no eran palabras sueltas.

Era un rugido.

Agripino levantó el muñeco, lo mostró.

La multitud respondió con un sonido que no supo clasificar. No era alegría, no era alivio. Era una mezcla áspera de desesperación y esperanza.

—Atrápenlo —dijo, con una calma que lo sorprendió—. Si pueden.

Y lo soltó.

Esta vez, se quedó mirando hasta el final.

Vio cómo se abalanzaban incluso antes de que el juguete tocara la nieve, manos intentando agarrarlo en el aire. Vio cuerpos chocando, dientes apretados, ojos inyectados en rojo. Vio cómo el muñeco rodaba, se levantaba solo gracias a su diseño, intentaba avanzar y era aplastado por tres duendes a la vez.

Se rieron, sí.

Pero era una risa distinta.

Una risa tensa, con los dientes marcados, con el cuello lleno de venas.

Cuando el muñeco acabó hecho pedazos, el silencio que quedó fue breve... y luego se llenó de súplicas dirigidas hacia arriba.

—Otro.

—Por favor, otro.

—Solo uno más.

—Solo uno más y ya.

Agripino bajó de la mesa con el corazón golpeándole en el pecho, pero no de miedo.

Tenía la sensación muy clara de que acababa de descubrir algo importante.

No solo le gustaba fabricar.

Le gustaba administrarlos.

Decidir cuándo, cómo, para quién.

Le gustaba ver cómo se descomponían cuando no había suficientes.

El hueco que llevaba toda la vida ya no era un agujero pasivo.

Se estaba convirtiendo en un pozo.

Y los demás caían dentro de él.

Esa noche, nadie en la Aldea Claus durmió.

Agripino tampoco.

Pero por primera vez, no le pesaba.

Mientras las horas avanzaban, mientras la estrella Luminari seguía fija en el cielo sin moverse un solo milímetro, el taller se llenó de nuevos juguetes.

Cada uno era ligeramente distinto.

Cada uno tenía una forma, un truco, un movimiento que llamó la atención de su creador.

Uno daba pequeños saltos hacia atrás, otro giraba siempre hacia el mismo lado, otro vibraba si alguien lo miraba demasiado tiempo, como si respondiera a la atención.

Los apiló cerca del ventanal.

Una pequeña pila primero.

Luego una torre.

Cada vez que lanzaba uno, la escena se repetía:

Gritos, golpes, risas histéricas, llanto cuando se rompía, ojos hacia arriba, súplicas.

Y cada vez...

la sonrisa de Agripino se hacía un poco más grande.

Para el amanecer, los músculos de su cara dolían.

No porque estuviera triste.

Sino porque no podía dejar de sonreír.

Y lo peor, o lo mejor, fue que ya no quería dejar de hacerlo.



Cuando por fin se apartó del ventanal y miró el taller cubierto de serrín, sangre seca y astillas de madera, se dio cuenta de otra cosa.

Sus manos temblaban.

No de agotamiento.

No de frío.

Cuando dejaba de tallar, de pintar, de lanzar juguetes, un malestar extraño le recorría los brazos y el pecho. La respiración se le volvía pesada, la mente inquieta.

Necesitaba seguir.

—Solo uno más —se dijo, en voz baja, sin darse cuenta de lo familiar que sonaba esa frase.

Tomó otro bloque.

Y empezó de nuevo.

Los golpes de las herramientas contra la madera se volvieron la canción de cuna de la Aldea.

Solo que nadie dormía.

## **Capítulo 6 – La lluvia de juguetes**

Con el tiempo, dejaron de contar los días.

No había amaneceres claros ni noches definidas en la Aldea Claus, pero antes al menos fingían. Cambiaban los turnos, cantaban canciones distintas, hacían fiestas para marcar el paso del invierno eterno.

Ahora no.

Ahora todo se medía por otra cosa.

Se medía por cada golpe en el taller.

Por cada juguete que caía del ventanal.

Al principio, Agripino controlaba el ritmo.

Uno en la mañana, uno a mediodía, uno cuando la luz de Luminari parecía más fuerte. Se tomaba su tiempo, apagaba las herramientas entre uno y otro, escuchaba las súplicas que subían desde abajo como humo.

Pero pronto, ese intervalo cuidadoso le fue insuficiente.

Cada vez que terminaba un juguete, sentía el alivio breve, pequeño, de lanzar algo por la ventana y oír la respuesta inmediata: el rugido, los gritos, las risas quebradas, el inevitable crujido final.

El alivio duraba poco.

Luego venía el vacío, más intenso.  
La inquietud.  
El temblor en los dedos.

Necesitaba hacer otro.  
Y otro.  
Y otro.

Para los duendes, la adicción estaba afuera: en los juguetes que caían del cielo.  
Para Agripino, la adicción estaba adentro: en el acto de crearlos y soltarlos.

Nunca habían estado tan unidos.

Afuera, la Aldea cambió de aspecto.

Las pequeñas casas de colores se veían descuidadas. Las guirnaldas, a medio caer, se pudrían bajo la nieve. Las luces que antes parpadeaban en patrones armoniosos ahora titilaban al azar, o quedaban apagadas durante horas porque a nadie le importaba arreglarlas.

En las calles, duendes de ojos hundidos se agrupaban alrededor de la pared del taller, sin alejarse demasiado. Algunos iban y venían, nerviosos, dando vueltas por las casas sin entrar. Otros se acurrucaban bajo mantas sucias, mirando hacia arriba sin pestañear, como si el siguiente juguete pudiera aparecer en el cielo en cualquier momento.

Cuando algún juguete caía lejos del grupo principal, la noticia se propagaba como fuego.

—Cayó uno cerca del pozo.  
—Vi algo moverse por el camino al almacén.  
—¡Allá, allá!

Los que podían correr, corrían.  
Los que no, se arrastraban.

Había duendes con moretones en la cara, con labios partidos, con manos vendadas torpemente. No se hablaba nunca del origen de esas heridas. A nadie parecía importarle mientras sus dedos aún pudieran cerrar alrededor de un pedazo de madera.

Dentro del taller, Agripino ya no se reconocía del todo en los trozos de espejo empañado que encontraba entre las cajas.

Sus ojos estaban más hundidos.  
Su piel, más pálida.  
Su sonrisa... más grande.

Se le había quedado fija, como si sus músculos se hubieran acostumbrado a esa posición y se resistieran a relajarse. Cuando lo intentaba, sentía un tirón incómodo en las mejillas, casi doloroso, como si su rostro se hubiera tallado a sí mismo en esa mueca.

Las manos le sangraban.

Había aprendido a envolver algunos dedos en trapos sucios para seguir trabajando, pero los trapos pronto se manchaban y endurecían. No le molestaba. La madera se teñía aquí y allá con gotas oscuras, creando patrones que empezaron a gustarle.

—Te ves mejor así —le murmuró una vez a un soldado de madera con manchas en el uniforme—. Más... verdadero.

Mientras tallaba, escuchaba.

Las voces afuera nunca se callaban por completo.

—Hace horas que no lanza ninguno.

—No... no han sido horas. Fue hace poco. Yo lo vi...

—No, eso fue ayer.

—¿Ayer? ¿Ayer fue el de la peonza? ¿O el del tren?

—No sé. No sé. No sé.

El tiempo se deshacía en sus bocas.

A veces, los gritos subían de tono.

—¡Agripino! ¡Agripino, por favor!

—Solo uno. Uno chiquito.

—No tengo nada, nada... mis manos están vacías...

Cada súplica era una caricia torcida en el ego de Agripino.

No respondía.

No prometía.

Solo trabajaba.

Y decidía cuándo.

Una tarde —¿era tarde? ya nadie lo sabía—, decidió probar algo nuevo.

No lanzó un juguete.

Lanzó tres.

Los colocó uno junto al otro sobre el borde del ventanal: un caballo pequeño, un muñeco que se levantaba solo y una caja diminuta con ruedas que se abría y cerraba, como una boca.

Los sostuvo allí, un momento largo, dejando que todos los vieran.

Podía sentir las respiraciones contenerse afuera.

Podía sentir los ojos clavados en su cara, en sus manos, en los cuerpos pequeños de madera.

—Hoy serán tres —anunció.

No explicó por qué.  
No tenía por qué hacerlo.

Los dejó caer al mismo tiempo.

Lo que siguió fue distinto.

Al haber varios objetos, los duendes se dividieron sin querer. Un grupo corrió hacia el caballo, otro hacia el muñeco, otro hacia la caja. Por un segundo, pareció que habría menos violencia: cada quien buscaba su propia presa.

Pero la naturaleza de la necesidad no entendía de reparto justo.

En cuanto alguien veía que el juguete que no le tocó era “mejor”, “más bonito”, “más rápido”, se lanzaba hacia ese, abandonando el suyo, provocando que otro se lo arrancara, y así sucesivamente. Pronto, todos peleaban por todos.

Agripino miraba desde arriba, fascinado.

La pelea no se dispersaba.  
Se multiplicaba.

Donde antes había un núcleo de caos, ahora había tres. Tres fuegos extendiéndose hasta chocar entre sí, volviéndose uno solo, más grande.

Y cuando los tres juguetes se rompieron casi al mismo tiempo, el grito colectivo fue distinto.

No era solo lamento.  
Era pérdida compartida.

Alguien se arrancó el sombrero y lo lanzó al suelo. Otro se tiró de rodillas y comenzó a golpear la nieve con las manos abiertas hasta que la piel le sangró. Un tercero intentó escalar la pared, fallando una y otra vez, rasgándose la ropa en los bordes de metal.

—¡Más!  
—¡Más!  
—¡Más!

No había espacio ya para “por favor”.

Agripino se tambaleó hacia atrás, lejos del ventanal, con el corazón acelerado.

Tenía la respiración agitada, como si hubiera corrido él también.

Puso las manos sobre la mesa para sostenerse. Sintió las astillas clavarle un poco más en la piel, pero no soltó.

Hubo un pensamiento que cruzó su mente, casi como un susurro que no venía de él:

*Si lanzo demasiados, se acostumbrarán. Si lanzo pocos, se romperán.*

La idea no lo asustó.

Lo organizó.

Se dio cuenta de que ya no se trataba solo de hacer juguetes. Se trataba de **racionarlos**. De medir, pesar, dosificar.

Como si fueran... algo más.

—No pueden estar vacíos del todo —murmuró—. Pero tampoco llenos.

Un equilibrio que únicamente él podía manejar.

Los días —si es que aún se les podía llamar así— siguientes, probó distintas combinaciones.

A veces lanzaba uno solo y luego hacía largos silencios, escuchando cómo aumentaba la desesperación del otro lado.

A veces dejaba caer dos seguidos, tan rápido que algunos ni siquiera alcanzaban a verlos bien antes de que ya hubiera pelea por el primero.

En ocasiones, no lanzaba nada en absoluto, solo se asomaba al ventanal, dejaba que lo vieran... y volvía a desaparecer.

Esas eran las peores.

—Nos vio. Nos vio. ¿Por qué no nos dio nada? —balbuceaban algunos, con la voz rota—. ¿Qué hicimos? ¿Qué hicimos mal?

La culpa empezó a mezclarse con la necesidad, una combinación que Agripino encontró especialmente... deliciosa.

Porque no solo lo querían.

Se creían responsables de no tenerlo.

No todo era hacia afuera.

Algo dentro del taller también se oscurecía.

La madera se acumulaba en rincones como huesos. Las herramientas, manchadas, se quedaban clavadas en mesas donde nadie más pondría orden. Restos de juguetes fallidos llenaban cajas y estanterías: cabezas que nunca se movieron, cuerpos que se quebraron a medio tallar, ruedas sueltas.

A veces, en los ratos breves en que no estaba tallando ni lanzando nada, Agripino creía que esos restos lo miraban.

Que lo acusaban.

*Nosotros también podríamos haber servido. Nos tiraste antes de probar.*

No sabía si eran imaginaciones por falta de sueño o algo más.

Pero no dejó de trabajar.

Cuando intentaba detenerse, cuando dejaba las herramientas en la mesa y se alejaba unos pasos, el cuerpo se lo reclamaba.

Las manos le picaban.

La piel bajo las uñas le ardía.

El hueco en el pecho, ese que antes era frío, ahora se convertía en una boca insaciable que parecía abrirse y abrirse.

—Solo... solo otro —terminaba susurrando.

Y regresaba a la mesa.

Una noche —o mañana, o lo que fuera—, los golpes en la puerta cambiaron de tono.

No eran los mismos puños desesperados de siempre. Eran más fuertes. Organizándose. Parecían menos súplicas y más exigencias.

—¡Agripino! —rugió una voz que reconoció como la del supervisor—. ¡Esto no puede seguir así! ¡Abre!

Agripino levantó la vista.

El corazón le dio un vuelco breve.

Por primera vez en mucho tiempo, consideró qué habría del otro lado de esas láminas de metal más allá de duendes desesperados: autoridad, órdenes, la posibilidad de que alguien quisiera detenerlo.

Se acercó a la puerta.

Apoyó la mano sobre la madera reforzada.

Sintió el eco de los golpes.

—No puedo abrir —respondió—. Ustedes me encerraron.

Un murmullo molesto se elevó afuera.

—Te encerramos para que trabajaras, no para que nos dejaras así —escupió otra voz—. No has lanzado nada en horas.

—Horas... días... da igual —añadió alguien más, con una risa nerviosa.

Agripino se alejó un poco de la puerta, miró el taller.

Miró la pila de juguetes sin terminar, la pila de juguetes listos, la mesa bajo Luminari.

Se dio cuenta de algo:

No solo ellos dependían de lo que él hacía.

Él mismo estaba pendiente de sus reacciones.

Sus súplicas eran la música que marcaba su ritmo.

Su desesperación era su espejo.

Sin ellos, ¿para quién lanzaría?

¿Quién vería lo que hacía?

¿Quién haría que su hueco se llenara, aunque fuera por momentos?

El pensamiento de la puerta derribada, de manos arrancándole las herramientas, de voces mandándolo “parar ya”, le provocó algo parecido al pánico.

Y, curiosamente, la solución vino sola.

Miró al ventanal.

Miró los juguetes terminados.

Miró sus manos.

—Si no hay suficientes —murmuró—, se volverán más agresivos. Entre ellos. Y conmigo.

Tomó uno de los juguetes más elaborados que tenía: una especie de carrusel en miniatura, con animalitos tallados que subían y bajaban sin música.

Lo sostuvo un momento bajo la luz.

Luego, sin avisar, lo llevó al ventanal.

—¡Miren! —gritó, con la voz más fuerte que había usado en semanas.

Los golpes en la puerta se detuvieron.

Los pasos se movieron.

Una marea de cuerpos se desplazó hacia el sonido.

Las voces se elevaron.

—¡Está ahí!

—¡Tiene otro!

—¡Por fin!

Agripino levantó el carrusel lo más alto que pudo. Podía sentir el temblor del objeto en sus manos, o tal vez era el suyo.

—Aquí está —dijo, claro—. Pero si rompen la puerta... no habrá más.

Silencio.

Un silencio grueso, pesado.

Por un segundo, creyó que no lo habían oído.

Luego, una respuesta, apenas un susurro:

—Nadie toque la puerta.

El supervisor, que había gritado antes, fue el primero en ceder.

—Si lo molestamos, no hará nada —dijo—. Déjenlo trabajar.

Las órdenes cambiaban.

Ya no eran “¡abre!”.

Ahora eran “¡no lo interrumpan!”.

Agripino sonrió.

Su sonrisa se estiró un poco más.

Dejó caer el carrusel.

El rugido de abajo fue casi dulce.

Había encontrado la manera de mantenerlos lejos, y cerca al mismo tiempo.

Solo tenía que seguir alimentándolos.

Y ellos lo protegerían de cualquier cambio.

La Aldea Claus ya no trabajaba para Santa.

No trabajaba para los niños.

Trabajaba para Agripino.

Y para aquello que se movía dentro de él cada vez que alguien gritaba su nombre con esa mezcla de miedo y necesidad.

Esa noche, la nieve cayó más gruesa que nunca.

Cubrió techos, calles, faroles.

Pero no cubrió los ojos rojos que miraban hacia arriba.

Ni la estrella Luminari, fija en el cielo.

Ni el taller sellado donde un duende, con las manos ensangrentadas y la sonrisa rota, descubría que no había vuelta atrás.

Solo quedaba una dirección.

Más adentro.

Más hondo.

Más juguetes.

## **Capítulo 7 – La sonrisa deformada**

El taller ya no tenía paredes, ni suelo, ni techo.

Tenía límites, sí, pero para Agripino todo se había reducido a tres cosas:

La mesa bajo Luminari.

El ventanal.

Y el sonido de sus propias herramientas.

Todo lo demás era ruido.



No recordaba cuándo había comido por última vez.  
No recordaba cuándo se había acostado a dormir.  
Recordaba, en cambio, cada juguete.

Podía recitar de memoria la forma exacta del caballo que cayó anteayer —¿fue anteayer?—, dónde se astilló, quién lo agarró primero, cuántos gritos siguieron a su ruptura. Recordaba la peonza que giró tanto que los duendes empezaron a pelearse incluso después de que se detuvo, como si el movimiento hubiera quedado pegado en sus cabezas.

Recordaba, sobre todo, los sonidos.

Cada vez que cerraba los ojos (cuando aún los cerraba), veía destellos:  
un tren que pasa, rodando sobre la nieve, arrastrando detrás de sí una hilera de duendes arrastrándose;  
un muñeco que se levanta una y otra vez mientras manos torpes lo tiran, lo pisan, lo recuperan;  
una caja que se abre y se cierra, y el simple sonido de la tapa golpeando la base basta para provocar risa nerviosa en los que la escuchan.

Todo eso le daba forma a algo dentro de él.

Algo nuevo.  
Algo que nunca tuvo nombre en la Aldea Claus.

Una noche —u otra noche más— se detuvo frente a un fragmento de vidrio roto apoyado contra la pared. No recordaba haberlo traído él. Tal vez algún duende lo había dejado antes del encierro, tal vez era parte de una lámpara rota. Daba igual.

Se vio.

Por un segundo, no se reconoció.

Sus ojos estaban rodeados de sombras violetas.  
La piel se le pegaba al hueso.  
La nariz parecía más puntiaguda, el mentón más pronunciado.

Pero eso no era lo peor.

Era la sonrisa.

No se había dado cuenta de lo mucho que había cambiado hasta verla desde afuera. Ya no era solo un gesto, era una grieta. Una línea tensa y alargada que partía su cara, demasiado abierta, demasiado fija. Las comisuras parecían ancladas más arriba de lo normal, como si alguien las hubiera tirado con hilos invisibles y luego las hubiera cosido allí.

Intentó relajarla.  
Bajarla.  
Deshacerla.

Los músculos protestaron con un dolor punzante, como si llevaran demasiado tiempo en esa posición. Logró aflojar un poco los labios, pero apenas, y en cuanto pensó en el ventanal, en las voces, en la madera bajo sus manos... la sonrisa volvió a subir, por sí sola.

—Ridículo —murmuró, pero el sonido salió casi alegre.

Llevó una mano a su rostro.

Tocó la mejilla, la comisura, el borde de la boca.

Su propia piel se sentía ajena, como una máscara mal ajustada.

Por un momento, una idea cruzó su mente:

*Antes, lo raro era que no podía reír. Ahora, lo raro es que no puedo parar.*

La idea casi lo hace soltar una carcajada, pero se contuvo.

No tenía tiempo para eso.

Había madera en la mesa.

Y voces afuera.

Cuando volvió a sus herramientas, notó algo más en sus manos.

No era solo la sangre seca, las vendas sucias, las uñas rotas.

Era la forma.

Sus dedos habían cambiado. Estaban más delgados, los nudillos más marcados, la piel endurecida —una mezcla de callo y cicatriz. Las yemas parecían más sensibles, como si cada veta de la madera, cada grieta imperceptible, fuera un mapa que podía leer con solo tocarlo.

Al cerrar la mano sobre un bloque, sentía pulsos que no estaban ahí.

Latidos que no eran suyos.

O que ya no sabía distinguir.

Talló sin pensar demasiado.

El cuerpo hacía el trabajo solo.

Era como si no estuviera creando algo desde cero, sino liberando algo atrapado en la madera.

A cada golpe, a cada corte, el hueco en el pecho vibraba, como si se expandiera y se contrajera al ritmo de la gubia.

—Sal —susurró sin querer, mientras terminaba la forma de una pequeña figura de cuatro patas—. Sal de ahí.

Cuando terminó, no se tomó siquiera el tiempo de admirarlo.

Subió al ventanal.

Afuera, los duendes estaban más cerca de la pared que nunca. Algunos se apoyaban tanto en el metal que debían estar entumecidos, pero no se movían. Había menos sombreros, menos colores. La nieve, sucia, se amontonaba alrededor de las botas, y nadie la había limpiado.

Se asomó.

La reacción fue automática.

—¡Ahí está!

—¡Agripino!

—¡Hazlo caer! ¡Por favor!

Notó algo en sus caras:

ya no eran redondas, infantiles.

Estaban chupadas, con las mejillas hundidas, los ojos demasiado grandes para las órbitas.

Él también tenía esa cara.

La había visto en el vidrio roto.

Por alguna razón, la idea de que todos estuvieran empezando a parecerse... le gustó.

—¿Lo quieren? —preguntó, levantando el juguete.

—¡Sí!

—¡Sí, sí, sí!

—¡Te lo suplicamos!

Esa última palabra le hizo cosquillas en la columna.

—Entonces pórtense bien —dijo.

No sabía a qué se refería exactamente con “bien”.

Tal vez a no tirar la puerta.

Tal vez a no dejar de necesitarlo.

Dejó caer el juguete.

El caos habitual.

Los mismos gritos.

Las mismas peleas.

Pero ahora, algo diferente se coló en los sonidos:

Tos.

No de uno.

De varios.

Mientras se lanzaban sobre el juguete, varios duendes comenzaron a toser, fuerte, con la espalda encorvada, escupiendo algo oscuro sobre la nieve.

Nadie se detuvo.  
Ni ellos.

Tosían con el juguete en brazos, tosiendo encima de él. Otros se lo arrancaban igual, como si la enfermedad no importara, como si el único malestar que reconocieran fuera el de las manos vacías.

Agripino los observó, escuchó.  
Se dio cuenta de que sus propios pulmones ardían un poco.  
Que su respiración era más corta.

Inspiró hondo, exhaló.  
Notó el sabor metálico en la garganta.

*Estamos todos rompiéndonos al mismo tiempo, pensó, curioso.*  
*Todo por esto.*

Y sonrió un poco más.

No tardó en darse cuenta de otro detalle.

A veces, cuando el silencio afuera se prolongaba, cuando no se oían gritos ni golpes, sentía un nudo en el estómago.  
No era culpa.  
No era preocupación por ellos.

Era otra cosa.  
Miedo de que se fueran.

De que lo dejaran solo.

La idea de estar encerrado en el taller, rodeado de juguetes que nadie esperaba, le resultaba insoportable. El hueco en su pecho se abría tanto que casi lo mareaba.

Se asomaba entonces, aunque no tuviera nada listo.

Solo para ver.  
Solo para contar cuántos quedaban.  
Solo para comprobar que seguían allí.

Cada vez que veía sus caras alzarse hacia él, sus manos extendidas, su desesperación, el nudo se deshacía.

—Siguen aquí —se decía a sí mismo—. Siguen... míos.

La palabra le gustó tanto que la repitió en voz baja, como si fuera un secreto:

—Míos.

Lo que antes pertenecía a Santa.  
Lo que antes pertenecía a “los niños del mundo”.

Ahora, pertenecía a él.

Los duendes.  
Sus sonrisas rotas.  
Sus ojos vacíos.  
Su espera.

Todo.

Una madrugada —si es que todavía había madrugadas—, Agripino sintió algo más.

No venía del taller.  
No venía de los duendes afuera.

Venía de arriba.

Alzó la vista hacia Luminari.

La estrella seguía donde siempre.  
La misma luz.  
El mismo tamaño.  
La misma forma.

Pero algo se sentía... diferente.

No sabía explicarlo, pero tuvo la impresión de que la luz no solo caía sobre él.  
También subía.

Como si algo, desde dentro del taller, estuviera devolviendo un destello hacia la estrella.  
Respondiendo.

Por un instante, tuvo la certeza absurda de que Luminari lo miraba.  
No al taller.  
No a la Aldea.

A él.

Su sonrisa, ya de por sí deformada, se torció un poco más.

—¿Te gusta lo que ves? —susurró.

No hubo respuesta.  
O tal vez sí, y fue el leve temblor en la luz, apenas perceptible.

Agripino volvió a su mesa, con el extraño consuelo de saber que no solo los duendes lo necesitaban.

Había algo más mirando.  
Algo más que lo prefería así: roto, tembloroso, sonriente, adicto.

No era el niño especial que no podía reír.  
Era el duende que nunca dejaría de hacerlo.

Aunque doliera.  
Aunque se le partiera la cara.

## Capítulo 8 – La Aldea Claus en ruinas

Afuera, la Aldea dejó de ser Aldea mucho antes de que alguien se atreviera a decirlo.

Las chimeneas ya no humeaban.  
Las panaderías no horneaban galletas.  
Las canciones se fueron apagando, una a una, hasta volverse solo recuerdos que algunos murmuraban en voz baja, como si cantar algo alegre ahora fuera una blasfemia.

Lo único que seguía constante era la nieve.  
Caía y caía, cubriéndolo todo.

Menos el espacio frente al taller.

Ese lugar nunca tenía tiempo de cubrirse.  
Pies, rodillas, cuerpos, manos, todo se arrastraba por encima de la nieve, la pisoteaba, la mezclaba con sangre, con restos de juguetes, con basura. Había huellas superpuestas hasta formar un solo manchón marrón grisáceo.

Algunos duendes habían dejado de ir a sus casas.  
Dormían —cuando podían— recostados contra la pared reforzada del taller, envueltos en mantas raídas. Otros se turnaban para alejarse y buscar comida en los almacenes, pero cada vez traían menos.

Un día, alguien entró en pánico cuando se dio cuenta de que ya casi no quedaban provisiones.

—Se nos está acabando todo —dijo, con voz ronca, sosteniendo un saco medio vacío de harina—. No hay suficientes dulces, ni pan, ni nada. No podemos seguir así.

Otro lo miró, parpadeando lento.

—Mientras haya juguetes... —murmuró, como si tuviera que recordárselo—. Mientras nos siga dando... podemos soportar.

Nadie discutió.

Porque, en el fondo, todos sabían que habían cambiado una cosa por otra.  
Comida por juguetes.  
Sueño por juguetes.  
Trabajo por juguetes.

Vida por juguetes.

Y ya estaban demasiado dentro como para volver atrás.

Los talleres menores, donde antes se fabricaban cosas simples —pelotas, rompecabezas, muñecos sin movimiento—, estaban casi vacíos. Las herramientas se oxidaban, las telas se humedecían, los moldes se llenaban de polvo.

“¿Qué sentido tiene hacer juguetes simples?”, decían algunos. “Nadie los quiere ya”.

Los pocos que intentaban seguir trabajando eran mirados con desdén.

—¿Para qué haces eso? —le dijo un duende flaco a una duende que intentaba tallar una muñeca ordinaria—. No se mueve. No hace nada. Nadie va a pelearse por ella.

—Los niños humanos los necesitan —murmuró ella, como recordando algo que le habían enseñado de pequeña.

Él se rió. Fue una risa seca.

—Los niños... —repitió—. Los niños ya tienen los de Agripino. ¿No lo entiendes? Somos los últimos tontos en seguir fingiendo que esto es por ellos.

Las palabras se quedaron flotando en el aire.

Eran peligrosas.

Pero nadie las negó.

Algunos duendes desaparecieron.

No en un sentido misterioso.

Desaparecieron de vista.

Dejaron de salir de sus casas.

Dejaron de hablar.

Se encerraron, tal vez tratando de romper solos la necesidad que sentían. Tal vez porque no soportaban ver a otros agarrar juguetes cuando ellos no podían.

Los que seguían rondando el taller no los extrañaban mucho.

Tenían suficiente con su propia desesperación.

Una mañana de nieve particularmente densa, Agripino lanzó un juguete y el caos que siguió fue más brutal de lo normal.

Un duende, más grande que los demás, consiguió agarrarlo primero.

Era un tren pequeño, con ruedas que chispeaban al rodar sobre la nieve. Lo abrazó y echó a correr, pero tres más se le colgaron del cuerpo, intentando tirarlo al suelo.

Lo lograron.

Cayeron sobre él.

Se oyó un crack.

Por un segundo, Agripino pensó que era el juguete.

Luego vio la forma rara en que quedó torcida una pierna.

El duende gritó, no por el tren, sino por el dolor.  
El juguete salió despedido, rodó, fue atrapado por otra mano.

El herido se quedó en el suelo, sujetándose la pierna rota, llorando.

Nadie se detuvo a ayudarlo.  
Nadie apartó la pelea.  
Nadie miró hacia él más de un segundo.

Non era crueldad consciente.  
Era algo peor: indiferencia absoluta.

Cuando el tren terminó hecho pedazos, algunos pisaron al herido sin darse cuenta mientras se acercaban al ventanal, mirando hacia arriba para pedir otro.

—Otro, Agripino.  
—Ese no duró nada.  
—No fue suficiente.

Agripino los observó.  
Vio al duende del suelo.  
Vio la pierna torcida en un ángulo imposible, la expresión de dolor real.

Sintió algo en el pecho.  
Pensó que podría ser compasión.

Luego el herido levantó una mano temblorosa hacia él, no para pedir ayuda con la pierna... sino para pedir **otro juguete**.

—No... no dejes de... —balbuceó—. Por favor. No pares.

La “compasión” se disolvió.  
Lo que quedó fue una certeza fría:

No había vuelta atrás.

Ya no eran trabajadores.  
Ya no eran habitantes de la Aldea Claus.

Eran devotos de una sola cosa.  
De lo que él les lanzaba.

Dentro del taller, el eco de la ruina llegó tarde.

Agripino solo empezó a notarlo cuando dejaron de cantarle villancicos deformados al pedirle juguetes. Antes, a veces, se escuchaban fragmentos de canciones, mezcladas con súplicas:

—“Con juguete y con calor...”  
—“Agripino dánoslo, por favor...”

Esas letras se fueron apagando.



Un día, se dio cuenta de que ya nadie cantaba.

De que los únicos sonidos afuera eran llantos, discusiones, golpes, estertores.

Lejos, muy lejos, en algún otro sector de la Aldea, se oyó el derrumbe de un techo.

—Era la fábrica de bastones de caramelo —comentó alguien, sin emoción—. Nadie iba allí ya.

Se supo que algunos techos colapsaron porque nadie quitaba la nieve acumulada.

Se supo que algunos hornos se apagaron para siempre.

Se supo que algunas luces nunca más se encendieron.

Pero lo único que se seguía alimentando, lo único que seguía en funcionamiento...

Era el taller de Agripino.

Él también estaba en ruinas.

Aunque no lo notara del todo.

Cada vez que se miraba de refilón en algún metal pulido, lo hacía solo para comprobar una cosa: que su sonrisa seguía ahí.

Mientras estuviera, se sentía... completo.

No veía las ojeras, las sombras bajo los pómulos, los dedos deformados.

No veía cómo sus orejas se habían vuelto más puntiagudas, más largas, como si la piel misma se estirara hacia el sonido de las súplicas.

Solo veía la mueca.

Y el brillo en sus propios ojos cada vez que se asomaba al ventanal.

En algún momento —nadie supo exactamente cuándo—, empezó a circular un rumor entre los pocos duendes que aún podían pensar en algo distinto a “más juguetes”.

Se decía que Santa no había regresado.

No como antes.

No había carros cargados saliendo de la Aldea.

No había listas interminables siendo revisadas.

Algunos se preguntaban en voz baja:

—Si ya no hacemos juguetes normales...

—Si nadie más produce nada...

—¿Qué está repartiendo Santa allá afuera?

La pregunta se clavó como cuchillo en una conversación mal susurrada.

Uno de ellos, con ojos rojos de tanto llorar y tanto esperar, lo dijo con crudeza:

—Reparte lo de Agripino, claro.

Hubo un silencio.

Imágenes empezaron a formarse en la mente de unos pocos:  
niños humanos abrazando juguetes que no podían soltar;  
familias discutiendo por quién tocaba el carrusel;  
manos pequeñas peleando por una peonza que giraba sin parar.

—Quizá no solo somos nosotros —dijo alguien más, con una risa rota—. Quizá... allá afuera, el mundo entero nos está alcanzando.

La idea era aterradora.

Y, para algunos, extrañamente reconfortante.

No eran los únicos rotos.

No eran los únicos que necesitaban.

La adicción se expandía más allá de la nieve eterna.

Agripino no oyó ese rumor completo.

Solo captó fragmentos a través de la pared.

“Santa...”

“...niños...”

“...tus juguetes...”

No necesitaba más.

Imaginó, por su cuenta, escenas que lo hicieron sentir algo que era a la vez orgullo y vértigo.

No solo la Aldea Claus se había construido alrededor de su taller.

Ahora, quizá, el mundo empezaba a girar en torno a lo mismo.

Todo por esos pequeños trozos de madera que él tallaba con manos sangrantes.

Miró sus dedos.

—No están en ruinas —dijo, en voz alta, como si contradijera a alguien—. Están... funcionando.

Los dedos, las manos, sus pulmones, su mente entera.

Todo se había reconfigurado.

Ya no estaba hecho para vivir como un duende más.

Estaba hecho para esto.

Para seguir.

Y mientras la Aldea Claus se caía a pedazos, mientras las casas quedaban vacías y los talleres menores se convertían en tumbas de polvo y telas podridas, solo dos luces seguían firmes:

Luminari, fija en el cielo.

Y la que se filtraba por el ventanal del taller.

Una estrella arriba.

Y otra, torpe y rota, abajo.

En el centro de todo, un duende que no podía dejar de sonreír.

Y que todavía no sabía que alguien más, alguien muy antiguo, estaba volviendo a acercarse.

Santa Claus.

## **Capítulo 9 – El regreso de Santa**

No hubo campanas esa vez.

No hubo villancicos, ni desfile, ni filas ordenadas de duendes recibiendo instrucciones.

Solo hubo un sonido.

Un trineo pesado, arrastrando algo aún más pesado, partiéndole el silencio a la nieve.

Los duendes fueron los primeros en oírlo.

Se levantaron de golpe de donde estuvieran: contra las paredes, tirados en el suelo, medio dormidos. Las cabezas se alzaron a la vez, como si fueran un solo cuerpo.

—Escuchen...

—¿Oyeron eso?

—Es... ¿es él?

Algunos se miraron entre sí con miedo.

Otros con una chispa de esperanza que ya casi no tenían fuerzas para sentir.

El trineo avanzaba lento, no con la ligereza de otras navidades, sino con el peso de algo que costaba arrastrar. El sonido de los cascabeles era opaco, como si estuvieran llenos de tierra.

Cuando por fin apareció en la plaza principal, pocos estaban allí para verlo. La mayoría se había quedado pegada al taller de Agripino, incapaz de alejarse demasiado de su única fuente de alivio.

Santa Claus bajó del trineo.

No traía la risa amplia de siempre.

O tal vez sí, pero se sentía... distinta.

Su abrigo seguía siendo rojo, pero la tela parecía más oscura, gastada en los bordes, manchada aquí y allá. La barba, algo más enredada. Los ojos, más hundidos.

Y el costal.

Siempre el costal.

Ese saco imposible, que nunca se llenaba, venía otra vez a medio arrastrar tras él. Pero esta vez no sonaba a juguetes rebotando dentro.

Sonaba a cosas golpeándose entre sí con desesperación.

No fue a la plaza.

No fue al comedor.

No buscó a los supervisores ni a los duendes organizados.

Fue directo al taller sellado.

Cada paso suyo dejaba una huella más profunda que las de cualquier duende. Los que estaban recargados contra la pared se apartaron sin que él lo pidiera. Nadie había decidido moverse. Simplemente, sus cuerpos obedecieron a algo muy viejo.

Santa se paró frente a la puerta reforzada, miró las láminas soldadas, los pernos, las vigas.

Sonrió.

—Qué bien te cuidan, Agripino —dijo, en voz alta, sabiendo que él oía del otro lado—. Se aseguran de que no te distraigan, ¿eh?

No golpeó.

No llamó.

Solo apoyó la mano en la madera.

Del otro lado, Agripino sintió el gesto como si se la hubieran puesto directamente sobre el pecho.

Se quedó quieto, con la herramienta aún en la mano, respirando entrecortado.

—Ha vuelto —susurró, sin saber si hablaba con los juguetes, con la estrella o consigo mismo.

Santa se inclinó un poco hacia la puerta.

—Voy a entrar —dijo—. No tienes que abrir.

Los duendes alrededor se miraron, confundidos.

La puerta estaba sellada.

Ellos mismos habían supervisado que no hubiera manera de entrar o salir.

Pero Santa no necesitaba puertas.

El siguiente parpadeo fue extraño.

Un instante lo tuvieron frente a ellos, la mano sobre la madera.

Al siguiente, ya no.

Había desaparecido.

No en humo, no con luces.

Simplemente, dejó de estar allí.

Y del otro lado...

...del otro lado se condensó.

Agripino levantó la vista al sentir una presencia detrás de él.

No había sonido de pasos.

No había crujido de nieve.

Solo el leve tintineo de un cascabel solitario.

—Has trabajado duro —dijo la voz conocida, llenando el taller como si viniera de todas partes a la vez.

Santa estaba a unos metros, limpiándose imaginariamente las manos, como si acabara de atravesar algo pegajoso.

Agripino no se sorprendió. No del todo.

Quizá porque ya estaba demasiado cansado para asustarse.

—No entraste por la puerta —observó, sin más.

Santa miró alrededor.

Las mesas llenas, la madera tirada por todos lados, los juguetes a medio terminar, la sangre seca, las vendas, las astillas clavadas en el suelo. La pila de juguetes “listos” cerca del ventanal.

Sonrió.

—Había una más fácil —respondió—. La gente se olvida de eso. Piensan que las paredes son lo único que importa.

Agripino no preguntó qué significaba.

No quería saber por dónde había entrado.

Sus ojos se detuvieron un momento en el costal.

Santa lo llevaba consigo, aunque pareciera pesado. La tela se movía, levemente, como si algo dentro respirara.

—¿Cómo está... allá afuera? —se atrevió a preguntar.

Santa lo miró con calma.  
La pregunta había sido vaga.  
Pero ambos sabían a qué se refería.

—Ruidoso —dijo, al fin—. Muy ruidoso. Los niños gritan. Los padres discuten. Las casas están más... animadas que nunca.

Abrió el costal apenas, lo suficiente para que Agripino viera dentro.

Durante un segundo, creyó que vería sus juguetes. Caballos, trenes, muñecos, peonzas.

Pero no.

Vio algo peor.

Vio ojos.

Pequeños.  
Llenos de ojeras.  
Mirando desde una oscuridad apretada.

Manos diminutas se estiraban hacia la abertura, tratando de agarrar cualquier cosa. Pero dentro del saco ya no había juguetes. Solo restos. Astillas, ruedas sueltas, pedazos de cuerda. Los niños los apretaban como si aún estuvieran enteros.

Santa cerró el costal de nuevo, con suavidad.

—Tus creaciones han sido... un éxito —añadió—. No solo aquí.

Agripino sintió que el suelo se movía un poco bajo sus pies.

—¿Están... como ellos? —preguntó, señalando vagamente hacia la pared, hacia donde los duendes se amontonaban afuera.

Santa se encogió de hombros.

—Algunos —dijo—. Otros todavía están en la etapa de fascinación. Pero todos... todos quieren más.

Eso era todo lo que necesitaba oír.

El hueco en el pecho de Agripino se llenó tan de golpe que casi le dolió.  
No solo la Aldea.  
El mundo.

Había logrado algo que ni él mismo imaginaba: convertir la promesa de “jugar” en una necesidad enfermiza, en una exigencia de “seguir”.

—Entonces... —la voz le tembló un poco—. ¿Por eso volviste?

Santa lo miró fijamente.

Hubo un brillo raro en sus ojos. No era ternura. No era maldad pura. Era algo como... reconocimiento.

—Volví —dijo— porque estás desperdiciando capacidad.

Miró la pila de juguetes.

Miró el ventanal.

Miró las manos del duende.

—Tienes a toda la Aldea pegada a tus paredes —continuó—. Y solo les das lo justo para que no mueran... todavía. Eso está bien. Pero podrías hacer más.

Agripino entrecerró los ojos.

—Si hago más... se matarán —dijo—. Se rompen por esto. Ya no trabajan en nada más. La Aldea está... vacía.

Santa dio una vuelta sobre sí mismo, lento, mirando los rincones del taller como si evaluara una casa en venta.

—La Aldea era un medio, no un fin —respondió—. Siempre lo fue. Los duendes son... mano de obra. Recurso. Tú eres algo distinto.

Se detuvo frente a él.

—Tú eres producción.

La palabra cayó pesada.

Producción.

Agripino sintió un escalofrío.

No porque fuera mentira.

Sino porque era verdad.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, aún así.

Santa no adornó la respuesta:

—Quiero más.

Dejó que el eco se apagara, luego añadió:

—Quiero que dejes de pensar solo en este taller. O en esta Aldea. Quiero que llenemos el saco. No solo en navidad. Siempre.

Agripino parpadeó.

—¿Siempre...?

Santa asintió, muy serio.

—Los niños ya no esperan solo una noche —dijo, casi con desprecio—. Ya no son como antes. Lo quieren todo. Lo quieren ya. Y tus juguetes... son perfectos para eso.

Se inclinó un poco, acercando su cara a la de Agripino.

—Si no se los damos nosotros... encontrarán otra cosa. Algo peor, algo que no controlamos. ¿No es mejor que seamos nosotros quienes... lleven la cuenta?

Las palabras se le enredaron en la mente.

“Lo quieren todo.”

“Lo quieren ya.”

“Mejor que seamos nosotros.”

No era una súplica.

Era una invitación.

Y una amenaza, en silencio.

Por primera vez en mucho tiempo, Agripino sintió una punzada de algo parecido a duda.

Miró sus manos: temblorosas, ensangrentadas, deformadas.

Miró las pilas de juguetes rotos, los restos tirados en los rincones.

Miró el ventanal, con la luz de Luminari detrás.

—Si sigo así... —dijo, casi para sí mismo—. Si hago más, más rápido... ellos van a morir.

Se refería a los duendes afuera.

Pero ambos sabían que no eran los únicos.

Santa se levantó, retrocedió un poco y rió.

No la risa alegre de los cuentos.

Una risa lenta, dura, que no necesitaba público.

—Morirán igual —respondió—. De hambre. De frío. De cansancio. Tú solo les das algo por lo que seguir levantándose.

Hizo un gesto vago con la mano.

—Y si no son ellos, será otro pueblo, otra fábrica, otra gente. El mundo siempre ha tenido hambre, Agripino. Tú solo le diste forma.

Se acercó al ventanal, miró hacia abajo. Los duendes aún se apretaban contra la pared, algunos mirando hacia arriba, otros dormidos de pie, cabeceando.

—Míralos —dijo Santa—. Esto es lo que pasa cuando la necesidad queda encerrada. Se pudre en el mismo sitio. Lo que te propongo es diferente.

Se volvió hacia él.



—Déjame llevar tus juguetes a más partes. Dejemos que el hambre se reparta. Que no se pudra solo aquí.

Agripino sintió que algo en su interior se estiraba hacia esa propuesta.

Una parte de él, muy pequeña, murmuraba que eso era horrible, que estaba mal, que no podía ser “mejor” simplemente porque se expandiera.

Pero había otra parte.

La más grande.

La que había disfrutado cada grito, cada súplica, cada “necesito”.

Esa parte imaginó, con una claridad aterradora, millones de manos pequeñas en miles de casas distintas.

Todas temblando por algo que él había hecho.

El hueco en el pecho se llenó tanto que le costó respirar.

—No tengo suficientes manos —dijo, en voz baja—. No puedo con todo esto solo.

Santa sonrió.

Ahí estaba el punto que estaba esperando.

—No tienes que hacerlo solo —respondió—. Solo tienes que enseñar.

Señaló con el pulgar hacia la pared.

—Ellos aún pueden servir. Aunque estén rotos. Les enseñaremos tus métodos. Tus diseños. No lo entenderán por completo, claro... —lo miró con cierta admiración torcida—. No tienen lo que tú tienes.

Le tocó el pecho, justo donde él siempre había sentido el hueco.

—Pero pueden ayudarte a producir. Pueden repetir. Pueden copiar. Algunos juguetes serán más débiles, otros mejores. No importa. Lo único que importa es que nunca dejemos de enviarlos.

Agripino no respondió de inmediato.

Miró sus manos.

Miró la puerta sellada.

Imaginó al supervisor, a Rolis, a todos los demás... dentro del taller, replicando sus movimientos, imitando sus cortes, sus patrones.

Una fábrica más grande.

Más ruidosa.

Más eficiente.

¿Seguirían necesitando de él?

Sí.

Lo verían como el origen, el modelo.

Sería... el centro de algo aún más grande.

La sonrisa, deformada, le tiró de la piel.

—¿Y qué obtengo yo? —preguntó, con un tono que nunca se había permitido usar.

Santa lo miró sin parpadear.

—Lo tienes todo —dijo—. Ya lo tienes.

Señaló el ventanal, el costal, el taller, la Aldea en ruinas.

—Tienes sus ojos. Sus manos. Su espera. Tienes mi atención. Tienes... propósito.

La palabra era pesada.

Más que “producción”.

Más que “trabajo”.

Propósito.

Agripino sintió que el hueco en su pecho, ese que estuvo vacío tantos años, estaba ahora ocupado hasta el borde, incluso rebalsando.

Propósito.

No pudo evitarlo.

Rió.

Una risa baja, rota, extraña.

Una risa que, sin embargo, no sonaba obligada.

Santa lo observó.

Asintió, complacido.

—Entonces, hagamos un trato —dijo.

No pidió juramentos ni promesas solemnes.

No sacó contratos.

No hizo brillar la luz del taller con magia.

Solo extendió la mano.

Agripino la miró.

La mano de Santa era grande, cálida, con los nudillos marcados. No era la mano blanda y perfecta de las historias. Tenía cicatrices.

La suya, pequeña, huesuda, manchada, tembló un poco antes de extenderse también.

Cuando se tocaron, algo se cerró en el aire.  
Como un círculo.

Luminari pareció palpar un segundo sobre el techo del taller.

Los duendes afuera, sin saber por qué, sintieron un escalofrío.  
Algunos miraron hacia el cielo.  
Otros, al ventanal.

Seguían sin juguetes en las manos.  
Pero algo les dijo que ya no eran los únicos que esperaban.

En algún lugar lejano, un niño humano se despertó sobresaltado, sin razón aparente, con las manos buscando un juguete que no tenía.

Todavía

## **Capítulo 10 – El nuevo orden del taller**

El trato no cambió nada de inmediato.

La puerta seguía sellada.  
Los duendes seguían pegados a la pared.  
El taller seguía oliendo a madera, sangre y pintura.

Pero algo se había corrido.  
Como cuando se mueve una pieza de engranaje y, de pronto, todo avanza en otra dirección.

Lo primero que hizo Santa fue acercarse a la puerta desde dentro.

Agripino lo observó, desconfiado, con el cuerpo tenso.  
Una parte de él temía que la fuera a abrir del todo, que dejara entrar a todos de golpe, revocando la única estructura que mantenía cierto orden en ese caos.

Santa apoyó la palma sobre la madera y habló, no con la voz fuerte de siempre, sino casi en un susurro.

—Atiendan.

Las voces afuera se callaron al instante.  
El taller quedó rodeado por un silencio expectante.

—Agripino seguirá trabajando —anunció Santa—. Pero ya no será el único. Elegiremos a algunos de ustedes para entrar. No todos. Algunos.

La palabra se repitió como una piedra en la boca de la multitud.

—Algunos...  
—¿Quiénes?  
—¡A mí, a mí!

Los murmulos subieron de nivel enseguida.

—Los que aún puedan usar las manos —aclaró Santa—. Los que no estén rotos del todo.

No explicó cómo decidiría eso.  
No lo necesitaba.

Del otro lado, Agripino frunció el ceño.

—No quiero que se metan todos aquí —dijo—. Van a estorbar. Van a intentar robar juguetes, esconderlos...

Santa lo interrumpió con una sonrisa tranquila.

—Por supuesto que lo intentarán —admitió—. Pero ese será su problema. El tuyo será enseñar. No darles de tu pila. Darles de tu método.

Se volvió hacia él.

—No te estoy pidiendo que confíes en ellos. Te pido que los uses.

La palabra cayó limpia, sin disfraz.

Usarlos.

Agripino la probó en su mente.  
No era muy diferente de lo que ya hacía.

Asintió.

En los días siguientes, el taller se abrió... un poco.

No a la Aldea entera.  
Solo a unos pocos.

Santa eligió con una facilidad que daba miedo. No hizo filas ni pruebas. Simplemente miró a los duendes que se apretaban contra la pared, señaló a uno, a otro, a otro más. Ninguno tuvo oportunidad de negarse.

—Tú. Tú. Tú también.

Los que quedaban afuera los miraban entrar con una mezcla de celos y esperanza torcida.

—Van a estar más cerca de los juguetes —murmuraban—. Van a poder tocarlos más veces. Seguro se quedan con algunos. No es justo. No es justo...

Pero nadie se atrevía a decirlo en voz alta frente a Santa.

Dentro del taller, el cambio fue inmediato.

El espacio que antes era solo de Agripino se llenó de pasos tambaleantes, de cuerpos cansados, de manos temblorosas. Trajeron consigo olor a nieve húmeda, a sudor viejo, a desesperación comprimida.

Al ver de cerca la pila de juguetes listos, algunos se lanzaron hacia ella sin pensarlo.

Santa chasqueó los dedos una sola vez.

Los cuerpos se quedaron congelados a medio paso.  
Los ojos, abiertos, clavados en la montaña de madera.

—No —dijo—. Eso no es para ustedes.

Su voz no sonó enfadada.  
Sonó firme.

Bajó la mano y los duendes recobraron el movimiento, pero ninguno se atrevió a avanzar.

Agripino los observaba con atención.  
Había conocido a todos ellos antes: los había visto cantar, trabajar, reír, en una vida que ya parecía ajena. Ahora eran apenas sombras alargadas, con dedos huesudos y miradas hundidas.

—Escuchen a Agripino —ordenó Santa, señalándolo—. Él les dirá qué hacer.

Las cabezas se giraron hacia él.

Sintió el peso de esas miradas, el hueco en el pecho hinchándose otra vez.

Santa tenía razón en algo:  
No confiaba en ellos.  
Pero le gustaba que lo miraran así.

Como si fuera... un maestro.

Una voz.

Un jefe.

Enseñarles fue fácil.  
Y difícil.

Fácil, porque ya no necesitaba pensar en cada paso. Sus manos se movían solas, marcando ritmos que otros podían imitar. Les mostró cómo cortar para que un juguete se moviera “solo”, dónde adelgazar la madera para que vibrara con el tacto, qué cantidad de pintura hacía que ciertas partes parecieran más vivas.

Difícil, porque no todos podían seguir el ritmo.

Algunos duendes se mareaban a mitad del tallado, las manos se les caían, la mente se les iba.

—No puedo... —decía uno, soltando la herramienta—. Me duele...

Agripino lo miraba fijamente.

—Entonces sal —respondía—. Afuera hay otros que quieren entrar.

No tenía paciencia.

No tenía espacio para los débiles.

Santa nunca lo contradijo.

Cada vez que alguno flaqueaba, lo acompañaba a la puerta, lo dejaba salir... entre la multitud que esperaba con ojos brillantes.

El expulsado no duraba mucho afuera sin romperse del todo.

Los que sí aguantaban, se transformaban.

Sus manos ganaban precisión.

Sus miradas, un brillo casi igual al de Agripino cuando se asomaba al ventanal.

Se volvían... útiles.

—No pienses en ellos como en tus amigos —dijo Santa, una vez, al verlo observar a Rolis trabajando en una mesa cercana, tallando con dedos vendados—. Piensa en ellos como extensiones tuyas.

Y eso hizo.

Donde antes trabajaba él solo, ahora había diez, luego veinte. Cada uno producía juguetes que no eran perfectos, pero servían. Algunos se movían menos, otros duraban poco antes de romperse, otros eran demasiado frenéticos.

No importaba.

El saco necesitaba cantidad.

La Aldea, ritmo.

El mundo, continuidad.

Agripino se reservaba los modelos “mejores”.

Los hacía con sus propias manos, lentamente, con dedicación. Esos eran para momentos especiales, para caer en plazas lejanas, en casas silenciosas, en manos nuevas.

Los otros... eran para mantener la rueda girando.

Afuera, los duendes que no habían sido elegidos miraban el taller con un nuevo tipo de desesperación.

Antes, querían lo que salía de él.  
Ahora, querían estar dentro.

—Déjenme entrar —suplicaban—. Yo también puedo trabajar. Yo también puedo hacerlos.

Pero la selección estaba cerrada.

Santa no quería demasiados.  
Agripino tampoco.

El pequeño grupo interno, deformado pero funcional, trabajaba sin parar, mientras el resto se consentía en ser público, consumidor, devoto.

El sistema estaba completo.  
Pervertido.  
Eficiente.

Las discusiones en la Aldea cambiaron de tema.

Ya no decían:

—¿Cuándo caerá el próximo?

Ahora decían:

—¿Por qué eligieron a ese y no a mí?  
—Él está más cerca de los juguetes.  
—Él los ve nacer.  
—Él los toca primero.

Algunos empezaron a imitar en el aire los movimientos de tallar, aunque no tuvieran madera ni herramientas, como niños jugando a ser mayores.

Otros comenzaron a odiar a los que entraban cada día al taller, mirándolos con resentimiento mientras los veían cruzar la puerta escoltados por Santa.

Los “productores” y los “esperadores”.

Dos tipos de adictos, con dos dosis distintas.

Santa iba y venía.

A veces desaparecía durante horas —¿días?—, llevándose el costal lleno.  
Cada vuelta, el saco parecía más pesado, más abultado. A veces, al arrastrarlo, caía algo: una rueda, una astilla, una cuerda suelta.

Los duendes se lanzaban sobre esos restos como animales.

Agripino lo veía.  
No sentía pena.  
Sentía... anticipación.

—Cada vez tardas menos en regresar —comentó, una vez.

Santa sonrió, con cansancio.

—Cada vez me esperan más —respondió—. No solo aquí.

Le contó, en fragmentos, escenas de fuera:

una ciudad donde varios niños no querían ir a la escuela porque preferían seguir tocando un juguete que no se apagaba nunca;

una familia que se peleó tanto por un pequeño caballo de madera que terminaron rompiendo la casa;

un pueblo entero que dejó de celebrar otras fiestas porque ninguna les daba el mismo brillo en los ojos.

—Algunos intentan quitárselos a los niños —dijo, casi divertido—. Padres, hermanos mayores, vecinos. No entienden que ya es tarde cuando llegan a ese punto. Se pelean igual que tus duendes.

Se acercó a la mesa de Agripino, tomó uno de los nuevos juguetes terminados: una cajita con una manivela que, una vez girada, no dejaba de sonar.

—¿Sabes qué dicen? —preguntó—. Que es culpa mía.

Rió.

—Por una vez, tienen razón.

Agripino lo miró.

—¿Y qué haces cuando te culpan? —preguntó.

Santa se encogió de hombros.

—Les llevo más.

Como si fuera lo más lógico del mundo.

El taller se convirtió en algo más que una prisión, más que una fábrica, más que un altar.

Se convirtió en un corazón.

De allí salía un flujo constante de juguetes hacia el costal.

Del costal, hacia el trineo.

Del trineo, hacia el mundo.

Y, de vuelta, un flujo constante de voces, gritos, miradas, manos extendidas, necesidades.

Todo pasaba por Agripino.

Por sus manos.

Por su hueco.



A veces, en los breves segundos en que el taller quedaba casi en silencio —cuando los productores dormían un parpadeo sobre la mesa, cuando Santa estaba fuera, cuando los duendes de afuera se quedaban afónicos—, un pensamiento se colaba en la mente de Agripino, como una astilla.

*¿Y si algún día nadie pide más?*

*¿Y si se cansan?*

*¿Y si se mueren todos?*

La idea lo helaba.

No porque le importara su bienestar.

Sino porque, sin esa necesidad, el hueco en su pecho volvería a abrirse.

Y esta vez no habría nada suficientemente fuerte para llenarlo.

Entonces trabajaba más.

Lanzaba más.

Enseñaba a tallar con más precisión.

No para ayudar al mundo.

Para no quedarse otra vez vacío.

Y en algún lugar lejano, en una casa pequeña, en una ciudad donde la nieve caía de otra manera, un niño humano se despertó llorando porque el juguete que tenía en las manos se había roto.

Sus padres intentaron consolarlo.

Le dijeron que podían comprarle otro.

Que solo era madera.

Que no era para tanto.

El niño, con las manos ensangrentadas de tanto apretar las astillas, solo repetía:

—Necesito... ese. Ese... ese...

Miró hacia la ventana.

Arriba, en un cielo que no conocía la estrella Luminari, creyó ver algo moverse entre las nubes.

Algo rojo.

Algo con un saco muy pesado.

No era imaginación.

Era solo el comienzo.

## **Capítulo 11 – La noche sin juguetes**

No fue planeado.

No hubo decisión consciente, ni truco, ni prueba.

Simplemente, el cuerpo de Agripino dijo basta.

Estaba tallando un juguete pequeño —una esfera con patas diminutas que se supone debía rodar hacia quien la mirara— cuando el filo de la gubia se le escapó de las manos.

No fue un gran accidente.

No fue un corte profundo.

Fue algo peor: fue *torpeza*.

La herramienta cayó al suelo, rebotó una vez, y él tardó más de lo normal en agacharse a recogerla. Las manos no le respondían al ritmo acostumbrado. Los dedos se le entumecían, y cuando apretó la madera, sintió como si sujetara una piedra caliente.

La respiración le silbaba.

A su alrededor, los otros duendes del taller seguían trabajando, cada uno en lo suyo, los movimientos mecánicos, los ojos vidriosos. Rolis tallaba en una esquina, con las manos envueltas en vendajes. Las manchas oscuras se filtraban por la tela.

—Agripino —dijo uno de los productores, sin dejar de tallar—, el montón de listos se está acabando.

Se refería a la pila junto al ventanal. Cada vez que Santa no estaba, era Agripino quien decidía cuánto de esa pila caía hacia afuera, hacia la Aldea.

Agripino miró la montaña reducida.

Miró la madera cruda.

Miró sus manos.

Y, por primera vez, pensó:

*No llevo.*

Afuera, la espera se había vuelto costumbre.

Una costumbre enferma.

Cada golpe dentro del taller era una promesa.

Cada silencio, una amenaza.

Ese día —esa noche, ese momento sin nombre—, los silencios comenzaron a alargarse.

—Hace rato que no cae nada —dijo alguien, con voz ronca.

—Está preparando varios a la vez —respondió otro, mintiéndose—. Siempre hace eso... ¿no?

No.

Pero nadie quería ser el primero en decirlo.

Los ojos subían al ventanal.

Bajaban.

Subían otra vez.

Un duende empezó a morderse las uñas hasta arrancarse pedazos de piel. Otro se arrancaba hilo del borde del abrigo y lo enredaba alrededor de sus dedos, apretando cada vez más.

Pasó tiempo.

Mucho.

O muy poco.

La línea entre las dos cosas ya no existía.

Hasta que alguien se atrevió a decirlo en voz alta:

—¿Y si... se detuvo?

La frase cayó como hielo en agua hirviendo.

—No.

—No digas eso.

—No puede pararse.

—Si se para, ¿qué hacemos?

Nadie tenía respuesta.

Nadie quería tenerla.

Dentro, Agripino intentaba seguir.

Alzó la gubia.

El brazo le pesaba.

El filo bajó donde no debía, astillando la figura.

—Otra —murmuró, tirándola a un rincón.

Tomó otro bloque.

Repitió el gesto.

Otro error.

Otra astilla.

Los dedos le temblaban tanto que apenas podía sujetar la madera. El hueco en el pecho, el que antes se llenaba con cada juguete terminado, ahora era un agujero negro, tragando cada intento fallido.

Santa no estaba allí.

El taller se sentía... solo.

—Deja que otro termine ese —sugirió Rolis, sin levantar la vista de su mesa—. Tú puedes encargarte de los... mejores.

La voz le falló en la última palabra.

Agripino lo miró.

Rolis ya no era el duende alegre de antes.

Tenía la sonrisa rota, los ojos opacos, los dedos hechos jirones. Pero en su forma de tallar había algo de lo que antes había sido: una especie de fe obstinada en que si trabajaba más, dolería menos.

Agripino se dio cuenta de que no confiaba en nadie para los “mejores”.

Pero tampoco confiaba en sus manos.

—No hay suficientes —dijo, en voz baja.

No había suficientes juguetes listos para llenar la espera.

No había suficientes fuerzas para producir al ritmo al que la necesidad había crecido.

*Los vas a defraudar,* susurró algo dentro de él.

*Te van a dejar. Te van a olvidar. Se irán a necesitar otra cosa.*

El hueco se abrió más.

Y entonces, simplemente...

No lanzó nada.

La primera hora fue solo inquietud.

La segunda, miedo.

En la tercera, la gente se quebró.

—¡AGRIPINO! —gritaron, golpeando la pared—. ¡ESTAMOS AQUÍ!

—¡DANOS ALGO!

—¡LO QUE SEA!

Sus voces se mezclaban, subían, reventaban contra el metal.

Nadie cantaba.

Nadie fingía.

Dentro, cada grito le atravesaba la piel.

Sus manos querían moverse.

Sus músculos querían obedecer.

Pero había algo más fuerte, como si el cuerpo entero estuviera pasando por una abstinencia distinta: la de *crear*.

No podía.  
No en ese momento.

Se dobló sobre sí mismo, apoyando las manos en la mesa.  
El corazón le golpeaba la garganta.  
Le ardían los ojos.

Pensó, por un breve segundo, que iba a morir allí, rodeado de juguetes a medio hacer, sin haber lanzado el último.

Y se dio cuenta de algo terrible:

No le asustaba morir.  
Le asustaba hacerlo *antes de haber terminado algo*.

Afuera, la desesperación cruzó un límite.

Si no caían juguetes...  
Entonces había que buscarlos donde estuvieran.

—La puerta —dijo alguien.

—Dijo que si la rompíamos no había más —respondió otro, repitiendo como un niño una regla que lo mantenía a raya.

—¿Y ahora qué? —gruñó un tercero, con una risa que era casi un sollozo—. ¡Ahora no hay nada igual!

Miraron la puerta.  
Miraron el ventanal.

Por primera vez desde que empezó todo...  
la obediencia a la voz de Agripino cedió ante la urgencia.

Se abalanzaron sobre la entrada.

Golpes.  
Patadas.  
Herramientas improvisadas.

La madera reforzada tembló.  
El metal vibró.  
Las vigas chirriaron.

—¡Ábranlo!  
—¡Déjennos entrar!  
—¡Ahí dentro hay juguetes, yo los he visto!

El taller entero se estremeció.

Dentro, los productores alzaron la cabeza.  
Algunos dejaron caer sus herramientas.

Rolis miró a Agripino.

—Van a tirar esto abajo —dijo, jadeando—. Van a venir por todo. No les va a importar quién lo hizo.

No lo decía por compasión.  
Lo decía por miedo.

Miedo de que destruyeran la única fuente posible, aunque estuviera agotada.

Agripino sintió algo romperse.  
No en la puerta.  
En él.

*No pueden entrar, pensó, con una claridad brutal.  
No pueden ver que no hay suficiente. Que ya no puedo. Si ven eso... se acaba.*

No se acababa para ellos.  
Se acababa para él.

Para su rol.  
Su importancia.  
Su propósito.

El golpe siguiente en la puerta fue tan fuerte que del techo cayó serrín viejo, como nieve marrón.

Y entonces, como un reflejo, como una última jugada, Agripino hizo algo que nunca había hecho antes.

No lanzó un juguete.  
Lanzó **todos**.

Corrió hacia la pila de terminados sin pensar.

Los juguetes que había estado reservando, los medianos, los mal hechos, los mejores, todos. Abrazo cuanto pudo, un puñado de madera vibrante, ruedas, ojos tallados, piezas sueltas.

Subió a trompicones hasta el ventanal, con el pecho ardiendo.  
Los productores lo miraban, sin entender.

—¿Qué haces? —alcanzó a decir Rolis.

Agripino no respondió.

Se asomó al ventanal.

Abajo, la escena era horrenda.

Decenas de duendes se amontonaban contra la puerta, golpeando, rasgando, mordiéndose entre ellos para acercarse más. Otros tiraban cuerdas hacia el ventanal, sin saber muy bien qué esperaban atrapar.

Sus caras...

Sus caras ya no parecían caras.

Eran máscaras de piel estirada, ojos desorbitados, bocas abiertas en gritos que no paraban.

Por un segundo, Agripino los vio como una sola cosa.

Un solo cuerpo.

Una sola boca gigantesca pidiendo, pidiendo, pidiendo.

Se rió.

Una risa rota, ahogada.

—Querían más —susurró—. Tomen.

Y abrió los brazos.

Los juguetes cayeron como lluvia.

Caballos, trenes, muñecos, cajas, peonzas.

Docenas, tal vez cientos.

Todos a la vez.

No hubo un segundo de silencio.

El primer impacto fue un estallido.

Los duendes olvidaron la puerta.

Olvidaron todo.

Soltaron golpes, cuerdas, herramientas, y se lanzaron al centro de la plaza, donde los juguetes rebotaban, giraban, corrían en direcciones opuestas.

Era demasiado.

Demasiado para la cantidad de manos.

Demasiado para la cantidad de ojos.

Y, sobre todo, demasiado para la delgada capa de razón que les quedaba.

La pelea dejó de ser pelea.

Fue guerra.

Se arrancaban los juguetes unos a otros, sí, pero también se arrancaban trozos de ropa, de piel, de pelo. Los gritos eran tan fuertes que tapaban los sollozos. La nieve se volvió fango, luego barro rojo.

Los juguetes, hechos para resistir cierto nivel de maltrato, también empezaron a romperse uno tras otro.

Un tren sin ruedas se clavó en el ojo de alguien.

Un caballo con la pata rota se convirtió en garrote.

Una peonza, lanzada fuera de control, abrió la ceja de un duende, que ni siquiera se detuvo a limpiarse la sangre.

Era como si la lluvia de juguetes hubiera sido una lluvia de cuchillos.

Desde el ventanal, Agripino no podía apartar la vista.

Era... hermoso.

La desesperación desbordada.

Los gritos por “lo que quiero” mezclados con los de “me estás matando”.

Las manos aferradas a pedazos inútiles de madera, incluso mientras el cuerpo se doblaba de dolor.

Por un momento, el hueco en su pecho ya no se sintió como un hueco.

Fue un horno.

Ardiendo.

Sabía, en algún rincón intacto de su mente, que había soltado demasiado. Que había cruzado el equilibrio que él mismo se había impuesto.

Pero ya daba igual.

Los duendes no iban a hablar de equilibrio.

Solo iban a seguir peleando... hasta que no quedara nadie.

Detrás de él, una voz calmada:

—Te adelantaste.

Agripino se volvió, jadeando.

Santa estaba allí.

No había ruido de trineo, ni de puertas, ni de nada. Simplemente... estaba.

Miraba la escena por encima de su hombro, como quien observa una obra de teatro demasiado larga.

—No pensé que tirarías todo de una vez —comentó—. Iba a proponértelo. Pero lo hiciste solo.

Agripino aún respiraba con dificultad.

—Iban a entrar —dijo—. Iban a ver que no podía... que no había más... que...



Se calló.

Santa asintió, comprensivo.

—El miedo a defraudar es un buen motor —dijo—. Pero es muy... ruidoso.

Se inclinó un poco.

—Míralos bien. La Aldea Claus ya terminó.

Agripino miró hacia abajo.

La puerta del taller ya no importaba.  
Las casas alrededor estaban vacías.  
Nadie se alejaba de la plaza.

Algunos ya no se movían.

Estaban tirados sobre la nieve, abrazando juguetes rotos, con la cara hacia el cielo, los ojos abiertos. Otros seguían peleando sobre los cuerpos, resbalando en la mezcla de fango y sangre.

—Van a morir —dijo Agripino, sin emoción clara.

—Muchos —confirmó Santa.

—Y los que no...

—Los que no... estarán demasiado rotos para servir.

Silencio.

Luminari seguía ahí.  
Inmutable.

---

Por primera vez en mucho tiempo, el hueco en el pecho de Agripino sintió otra cosa.

No placer.  
No poder.

Algo parecido a...

*¿Y ahora qué?*

Si la Aldea moría, si ya no quedaban voces fuera de su taller, si nadie esperaba sus juguetes allí...

*¿Qué quedaba?*

Santa respondió a la pregunta que él no se atrevía a formular.

—Nos vamos —dijo, como si hablara de un viaje corto—. Este lugar cumplió su función.

Agripino sintió el mundo tambalearse.

—¿Irnos...? —repitió—. ¿Adónde?

Santa sonrió.

—¿A dónde crees?

Miró hacia arriba.

Más allá de Luminari.

Más allá de la nieve eterna.

—A donde las risas todavía suenan falsas —dijo—. A donde los niños todavía se aburren. A donde la gente aún cree que puede dejar algo cuando quiera.

Se volvió hacia él.

—Todo lo que hicimos aquí... podemos hacerlo allá. Mejor. Más rápido.

Extendió una mano, esta vez no para un trato, sino como invitación.

—No eres el duende de la Aldea Claus, Agripino. Ya no. Eres el del Taller.

La palabra “Aldea” se sintió pequeña.

La palabra “Taller”, inmensa.

Abajo, la violencia estaba empezando a agotarse, por falta de fuerzas, no de odio.

Los duendes, los pocos que aún se movían, lo hacían como insectos aplastados.

Arrastrándose hacia astillas.

Llevándose trozos de juguetes a la boca, como si morder la madera pudiera calmarles algo.

Nada se calmaba.

Algo se apagaba.

Agripino miró sus manos una vez más.

Estaban destruidas.

Pero aún podían cerrar.

Aún podían tallar.

Miró a Santa.

Miró el costal.

Miró el ventanal.

Por primera vez, pensó en la Aldea Claus como en algo pequeño.

Como en una maqueta.

Una prueba.

Y el hueco en su pecho, ese agujero que había sido frío, luego calor, luego horno...  
se sintió como una puerta.

Abriéndose.

—Llévame —dijo.

Santa no respondió.  
No con palabras.

Solo asintió.

Detrás de él, en el suelo del taller, las sombras se alargaron.  
Las paredes parecieron alejarse.  
La mesa bajo Luminari crujió.

Todos los juguetes rotos, las astillas, las herramientas, las manchas, vibraron un segundo.  
Luego, el taller empezó a cambiar.

No se movía físicamente.  
Se replegaba.

Como si alguien estuviera doblando un papel desde los bordes hacia el centro.

En el corazón de ese pliegue, Agripino sintió tirones en los huesos.  
No dolorosos.  
Solo inevitables.

Como si el Taller y él fueran la misma cosa.

Desde afuera, los duendes que aún podían ver, vieron algo que no entendieron.

El edificio que había sido su templo, su cárcel y su salvación, pareció encogerse.

Muy despacio.  
Muy poco.

Pero lo suficiente como para que las ventanas ya no encajaran igual, para que el techo se curvara, para que la puerta se decolorara.

Luminari, sobre él, brilló más fuerte.

Un destello.

Y luego...  
nada.

El Taller seguía allí.  
Pero vacío.

Totalmente vacío.

Sin Agripino.  
Sin juguetes.  
Sin sonido.

Solo una carcasa, llena de serrín muerto.

La Aldea, alrededor, era un cementerio blanco y marrón.

Nadie cantó.  
Nadie lloró.

Los que quedaban, no entendieron.

En realidad, ya no tenían que entender nada.

El Taller de Agripino se había ido.

El mundo, sin saberlo, lo estaba esperando.

## **Capítulo 12 – El taller detrás de los espejos**

El viaje no se pareció a volar.

No hubo viento en la cara de Agripino, ni sensación de caída, ni sensación de subida. Fue más como atravesar la veta de una madera: una línea, un túnel, un patrón.

Cuando pudo “ver” de nuevo, no estaba de pie.  
No estaba sentado.

No estaba en ningún lugar que pudiera describir con palabras de la Aldea Claus.

Estaba... *repartido*.

Pedazos de él mismo se sentían clavados en distintos puntos:

En los dedos.  
En las herramientas.  
En la madera.  
En el saco.

El Taller ya no era un edificio.  
Era una condición.

Y Santa... Santa caminaba con él a cuestas sin notarlo.

El mundo humano no era tan distinto como le habían contado.

Había nieve en algunos lugares.  
Luces de colores.  
Canciones.

Pero las sonrisas eran distintas.

No eran obligatorias como en la Aldea Claus.

Eran... rotas de otra forma.

Había niños riendo frente a pantallas brillantes, con los ojos secos de tanto mirar.

Adultos apretando pequeñas luces rectangulares como quien aprieta un juguete que no quiere soltar.

Gente corriendo para comprar, comprar, comprar, con las manos llenas y la mirada vacía.

*No necesitan mucho empujón*, pensó algo dentro de Agripino, mientras Santa arrastraba el costal por calles que olían a humo y lluvia.

No estaban vacíos como él lo estuvo.

Ya venían huecos de fábrica.

Solo hacía falta llenar ese hueco... con la forma correcta.

Con juguetes que no se apagaran cuando los soltaran.

Que no hicieran silencio cuando se quedaran sin pilas.

Que no pudieran olvidarse al fondo de un cajón sin... llorar por ellos.

El primer lugar fue una casa pequeña, en un edificio alto, en una ciudad donde la nieve se mezclaba con smog.

Una ventana empañada.

Un árbol de plástico.

Dos adultos cansados, sentados en un sofá, mirando una pantalla que los insultaba con imágenes perfectas de familias más felices que la suya.

Un niño, en el suelo, rodeado de juguetes normales.

No los miraba.

Tenía en las manos el resto de algo roto: un carro sin ruedas, de plástico barato. Lo apretaba y lo soltaba, aburrido. Sus ojos parecían demasiado viejos para su edad.

Santa no entró por la chimenea.

No todas las casas tenían chimenea ya.

Entró por el reflejo de un espejo en el pasillo.

Ese que ninguno de los adultos miraba, porque evitaban su propia cara.

El costal pasó con facilidad.

Se abrió solo.

Agripino sintió cómo algunos de sus juguetes —los “buenos”, los que había reservado— se acomodaban en la superficie, empujando hacia arriba.

Santa no miró al niño con ternura.

Lo midió.

—Este —susurró—. Tiene manos pequeñas, pero ojos grandes.

Sacó algo.

Agripino lo reconoció incluso antes de “verlo”.

Un caballo de madera.

No era el primero.

No era el de Rolis.

Pero se le parecía mucho.

Las patas delgadas.

La crin tallada.

Las pezuñas manchadas, como si acabara de cruzar un charco distinto.

Santa lo dejó bajo el árbol de plástico.

Nadie lo vio.

Nadie oyó el leve movimiento de las ruedas al acomodarse.

El caballo se quedó quieto hasta el amanecer.

El niño fue el primero en despertar.

No por emoción.

Por costumbre.

La mañana de navidad no era algo que esperara con ansias. Años de promesas rotas, regalos que no eran “el que quería”, peleas de los adultos por cosas que él no entendía, habían erosionado su fe en la idea.

Se levantó, caminó hacia el árbol, vio paquetes envueltos en papel brillante.

No se acercó a ellos.

Se acercó al caballo.

No sabía por qué.

Lo vio sobre el suelo, sin etiqueta, sin caja, sin plástico. Como si siempre hubiera estado ahí.

Lo tomó.

En el momento en que sus dedos rodearon la madera, algo se encendió detrás de sus ojos.

Un temblor leve en las patas.

Una vuelta lenta.

El niño se quedó inmóvil.

Por un segundo, el mundo pareció inclinarse.

Detrás de él, los adultos murmuraban algo sobre “el regalo que pidió tu tía”, “el presupuesto de este año”, “no vamos a poder...”

No los escuchó.

El caballo dio otra vuelta.

Y otra.

No avanzaba mucho.

No hacía luces.

No tenía pilas.

Pero producía algo más fuerte que cualquier pantalla.

El niño sonrió.

Y no fue una sonrisa feliz.

Fue una sonrisa... fija.

—Es mío —dijo, sin que nadie le hubiera dicho que lo era.

Lo abrazó.

Los adultos ni siquiera recordaban haberlo comprado.

—¿Te gustó ese? —preguntó uno, confundido—. Pensé que ibas a abrir el grande...

El niño no respondió.

El caballo, en sus manos, empezó a moverse más rápido.

Ese fue el primero.

No fue el último.

En otra casa, lejos de allí, una niña recibió una caja musical que no dejaba de sonar aunque cerraran la tapa.

En otra, un adolescente abrió un simple trompo que giraba horas sobre el escritorio, sin detenerse nunca, atrayendo miradas cada vez más largas.

En otra, un bebé no soltó nunca un muñeco de madera que levantaba los brazos solo, cada vez que alguien intentaba quitárselo.

Los padres se reían al principio.

—Mira cómo le gusta.  
—Al menos dejó la tablet.  
—Si se entretiene con eso, mejor.

Luego, la risa comenzaba a tener grietas.

—Ya, basta, suelta eso un rato.  
—No puede ser que no quiera otra cosa.  
—No ha dormido bien desde que se lo dimos.

Luego, el miedo.

—Se puso violento cuando intenté quitárselo.  
—Lleva horas mirándolo nada más.  
—¿Y si lo rompemos?  
—¿Y si... lo necesita?

En algún lugar, donde las paredes estaban descascaradas y el techo goteaba, una madre cansada vio a su hijo abrazar un pequeño tren de madera que avanzaba solo por la mesa, dando vueltas sin parar.

Quiso quitárselo.

La mano se le quedó a medio camino.

Había algo en la forma en que el niño lo miraba.  
En la manera en que su propio pecho, inexplicablemente, respondió a ese movimiento perpetuo.

*Solo un rato más, pensó.  
Luego se lo quito.*

No se lo quitó.

Esa noche, soñó con la estrella Luminari sin saber su nombre.

El Taller ya no estaba en la Aldea.

Estaba en todas partes donde hubiera alguien que no supiera qué hacer con su vacío.

Cada juguete era una extensión.  
Cada niño, una Aldea nueva.  
Cada familia, un círculo de duendes cantando villancicos que nunca acababan... solo que, esta vez, nadie cantaba.

Solo necesitaban.

Y en el centro de esa red invisible, Agripino sentía cada tirón, cada mano, cada "es mío".

No los veía.  
Pero podía imaginar sus ojos.



Sus dedos tallaban, aunque ya no supiera con qué cuerpo.

Sus manos sangraban, aunque no hubiera nieve donde caer.

Su sonrisa, deformada, se reflejaba de cuando en cuando en las superficies brillantes de los juguetes nuevos.

A veces, un niño juraba ver, en la veta de la madera, una cara que se reía.

Solo era por un segundo.

Pero era suficiente.

## **Capítulo 13 – Epílogo: El taller de Agripino**

La Aldea Claus quedó enterrada bajo la nieve.

Con el tiempo, las casas cedieron del todo. Los tejados se hundieron, las puertas se pudrieron, las ventanas se llenaron de escarcha por dentro y por fuera.

El viejo taller, vacío, se quedó como una boca cerrada.

Nadie la abrió.

Nadie la visitó.

Si alguien, siglos después, encontrara ese lugar, vería solo restos:

Mesas rotas.

Astillas petrificadas.

Manchas que ya no parecen sangre.

Y, tal vez, si mirara bien, una estrella dibujada una y otra vez en las paredes con manos temblorosas.

Una estrella de ocho puntas.

Luminari.

Muy lejos de allí, en una ciudad donde cada invierno parecía más corto y más artificial, apareció una tienda nueva.

No muy grande.

No muy pequeña.

El letrero era de madera.

“El Taller de Agripino” —decía, con letras talladas a mano.

Nadie recordaba haber visto obreros montándola. Nadie recordaba una inauguración. No tenía anuncios en redes, ni campañas, ni descuentos.

Simplemente, una mañana, estaba.

La gente pasaba frente al escaparate y se detenía sin saber por qué.

Dentro, no había pantallas.

No había luces parpadeantes.

Solo juguetes de madera, perfectamente alineados.

Caballos.

Trenes.

Peonzas.

Muñecos.

Cajas de música.

Todos quietos.

Todos “inofensivos”.

Había algo en ellos que incomodaba a algunos adultos.

No sabían decir qué.

—Se ven... antiguos —decían—. De esos que ya no se hacen.

Pero los niños...

Los niños se pegaban al vidrio.

Una tarde, un padre entró con su hija de la mano.

Había prometido “ver qué tal”, solo para que dejara de insistir.

La campanilla sobre la puerta sonó con un tintineo extraño.

No metálico.

Más... hueco.

Dentro, olía a madera recién cortada.

A barniz.

Y a algo más que él no reconoció, pero que nosotros sí: al mismo aire que llenó el taller de la Aldea Claus.

No había nadie en el mostrador.

—Hola —dijo el padre, incómodo—. ¿Hay alguien?

La niña no respondió.

Se había soltado de su mano.

Caminaba en línea recta hacia una estantería.

Sus dedos rozaron un juguete al azar.

Un caballo.

No exactamente igual a los otros.  
La crin un poco más desordenada.  
Las pezuñas, manchadas.  
Las ruedas, demasiado redondas.

Lo tomó.

El caballo tembló.

—Ese —dijo la niña, sin volverse—. Quiero ese.

El padre suspiró.

—No vemos primero los precios —empezó a decir, automático.

Una voz respondió desde algún lugar entre las sombras del mostrador, suave, agrietada, como si la hubieran lijado miles de veces:

—No tiene precio.

El padre se volvió.

Detrás del mostrador, alguien estaba de pie.

Era pequeño.  
Llevaba un delantal manchado.  
La piel era pálida.  
Los ojos, muy abiertos.

La sonrisa... no encajaba del todo en la cara.

—Disculpe —balbuceó el hombre, con un escalofrío que no supo explicarse—. No quiero nada... caro.

—No se preocupe —dijo el que estaba detrás del mostrador, con la voz baja, como si no quisiera espantar nada—. Nunca es caro al principio.

Miró a la niña, al caballo en sus manos, a la forma en que ya no lo soltaba.

—Llévenselo —añadió—. Es de ella. Ya lo era antes de que entraran.

El padre abrió la boca para protestar.  
Las palabras no salieron.

Se encontró asintiendo, como si ya hubiera pagado.  
Como si la transacción hubiera ocurrido en otra parte, hace mucho tiempo.

—Gracias —murmuró, sin saber por qué.

La niña no dijo nada.  
Apretó el caballo contra el pecho, fuerte.

Cuando salieron de la tienda, el padre se giró para ver el letrero otra vez.

Por un segundo —solo un segundo—, creyó ver algo distinto bajo el nombre.

Como una sombra de otra frase, tallada, luego lijada, luego tallada encima.

No pudo leerla.

Si hubiera podido, tal vez habría visto las palabras:

“Navidad para todos.”

O tal vez:

“Ningún niño sin jugar.”

O tal vez algo más sincero:

“Ningún hueco sin llenarse.”

En casa, la niña no soltó el caballo.

No quiso cenar.

No quiso abrir otros regalos.

No quiso ver la película que solían ver cada año.

Solo quería ver cómo el caballo daba vueltas sobre el suelo, sobre la mesa, sobre la cama.

—Cariño, descansa un poco —dijo la madre—. Te va a marear.

—No puedo —respondió la niña—. Si lo suelto, se entristece.

La madre se rió, nerviosa.

—Es un juguete. No siente nada.

La niña levantó la vista.

Sus ojos tenían un brillo que la madre no reconoció, pero que tú ya conoces.

—Claro que siente —dijo, con una sonrisa demasiado grande para su cara—. Me necesita.

El caballo dio otra vuelta, más lenta.

Como si estuviera de acuerdo.

Esa noche, mientras los padres discutían en voz baja en la cocina sobre “estar demasiado pegada a esa cosa”, sobre “llevarla a algún sitio si sigue así”, la niña se acostó con el caballo en brazos.

La habitación estaba a oscuras, salvo por un hilo de luz que entraba por la ventana.

En la madera pulida del juguete, algo se reflejó.

No era el techo.  
No era la lámpara.

Era una cara pequeña, de ojos muy abiertos y sonrisa deformada.

—¿Quién eres? —susurró la niña, sin miedo.

En algún lugar, no en la habitación, no en la ciudad, no en el mundo como ella lo entendía,  
una voz respondió, sin necesidad de sonido:

*Soy el que hace que valga la pena que no puedas soltarlo.*

La niña cerró los ojos, abrazando el caballo más fuerte.

No se durmió.

No hacía falta.

Afuera, sobre la ciudad, no estaba Luminari.

Pero había una estrella cualquiera, ligeramente más brillante esa noche.

Y muy, muy lejos, sobre un taller que ya no existía donde lo recordamos, algo seguía riendo.

No feliz.  
No del todo triste.

Solo riendo.

Porque el hueco al fin estaba lleno.

Por ahora.

Porque siempre habrá otra casa.  
Otro niño.  
Otro juguete.

Otro invierno.

Y en algún escaparate, en alguna ciudad distinta, tarde o temprano volverá a aparecer el  
letrero de madera:

### **El Taller de Agripino.**

Las puertas se abrirán sin hacer ruido.

Y la historia, como cualquier buena adicción,  
nunca terminará del todo.

